



Dib. MARÍN.—Madrid.

—Nadá, Luis, que para encontrarle a usted o hay que ir al golf.. o donde se golfee.





# LIDA



---

## Crema recons- tituyente

---

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al  
~ rostro su tersura y lozanía ~

---

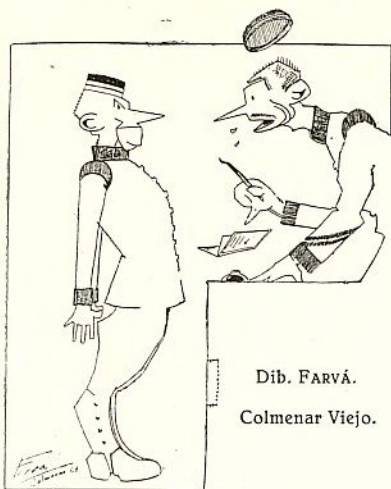
DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID

---



# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE



Dib. FARV.  
Colmenar Viejo.

—¡Firme!  
—¡Ya estoy, señor cabol!  
—¡Con la pluma, animal!...

7. — Bigardo.

El gran Adarraga envía  
el balón a Batanero.

SENADO  
CONGRESO

EN

8. — Mendigos.

ASPA MOMO

ORIENTE

PRENDA MILITAR

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a  
toda solución que se nos  
remita con destino a  
nuestro CONCURSO DE  
PASATIEMPOS del mes  
de marzo.

9. — Abrigo.

— Yo no voy a prima-dos con este siete en el  
pantaln.  
— Me lo explico: con lo fiero que es tu madre,  
te *tercia-cuarta*.  
— ¡Y que cuando pone las manos en la *tercia-*  
*dos...*, se duermel!  
— Mtete en una *todo*, y que te *pinchen* ratas.

10. — Población asturiana

101  
METONIMIAL

11. — Teatral.

B1 NOTA T1  
BORREGO

12. — Para golpear.

BLANCO

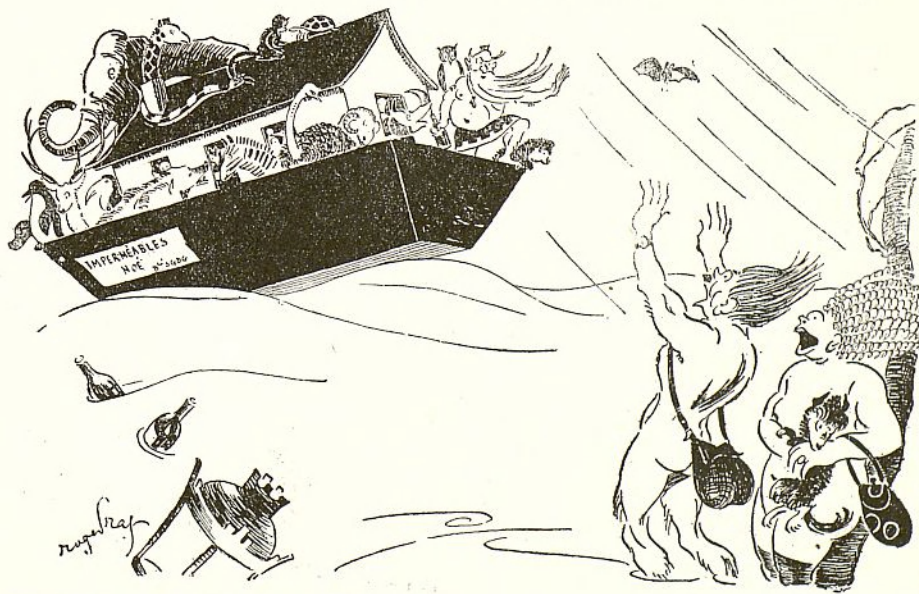
T

150500

Para las condiciones de este Con-  
curso, véase nuestro número 118.

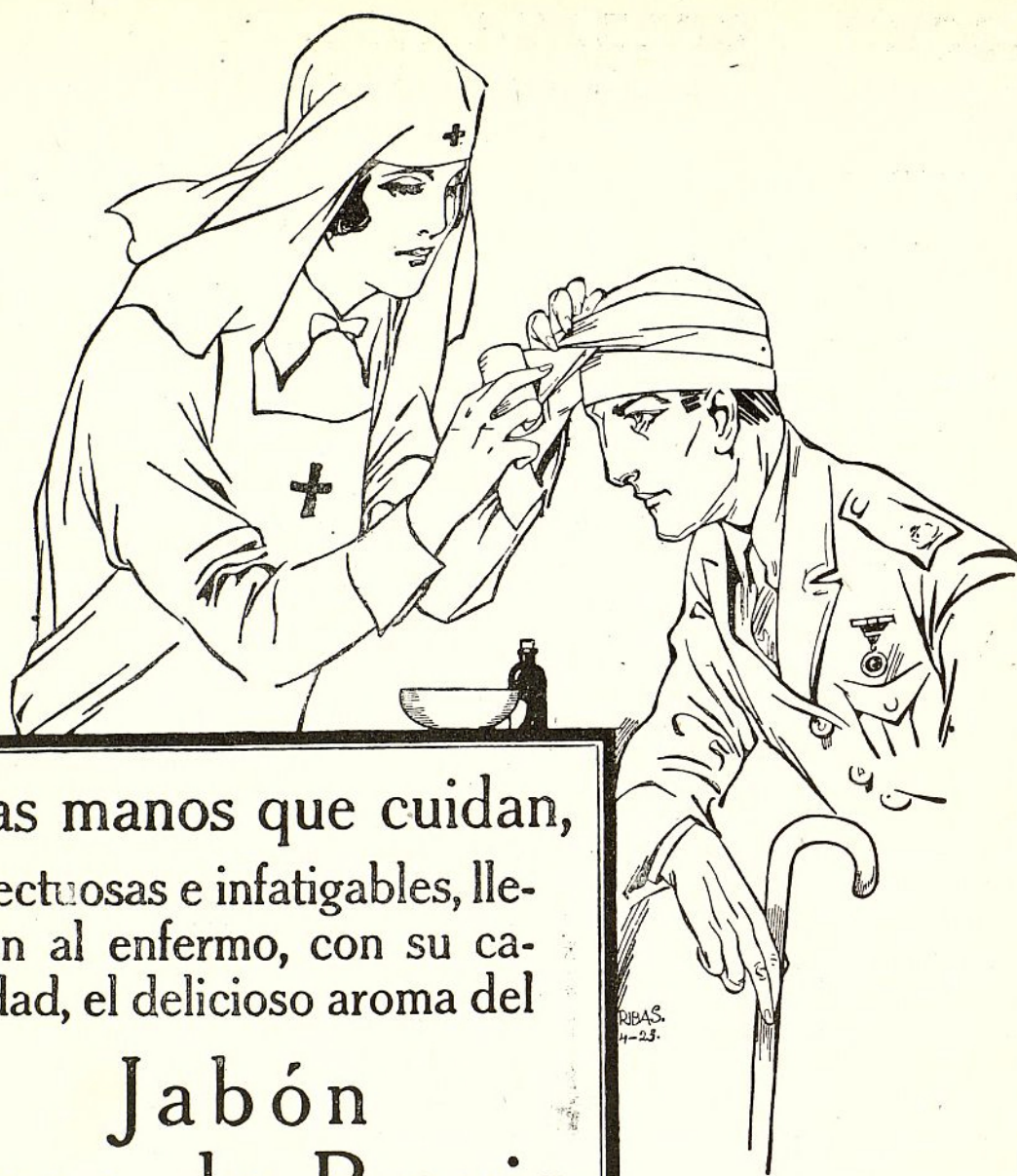
¡EL DILUVIO!

«Un sabio americano asegura que las ondas eléctricas eran ya co-  
nocidas en la más remota antigüedad.» — (Los periódicos.)



No. — ¡No es posible!... ¡Est completol!  
— ¡Yo había pedido un departamento anticipadamente por la telegrafia sin hilos!...  
(De Le Rire, de Paris.)





Esas manos que cuidan,  
afectuosas e infatigables, lle-  
van al enfermo, con su ca-  
ridad, el delicioso aroma del

## Jabón Heno de Pravia

Todos, sanos o delicados,  
lo usan con gusto crecien-  
te. Suaviza el cutis, dán-  
dole fragancia y tersura.

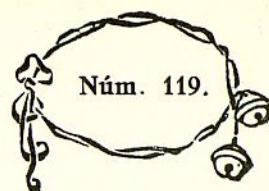
Pastilla, 1,50 en toda España.

Perfumería Gal.  
Madrid.



«¡Que  
grita  
de ma  
hecho  
decirle  
me oy  
autor!  
tamen  
Y el  
de que  
compl  
cualqu  
cido p  
sale t  
una b  
ojeros  
incon  
blico,  
Bien  
Ya es  
claque  
mente  
trañic  
gritan  
autor!  
¿Es  
autor  
ga la  
por p  
tambi  
ñor p  
eso se  
del au  
que su  
El no  
ca. Le  
lo rem  
rarlo,  
proba  
acerta  
Mie  
sidera  
sala c  
aplau  
madas  
das la  
que re  
que, y  
son d





## ¡¡QUE SALGA EL AUTOR!!



E aquí la frase que con voz estentórea lanza el jefe de la claqué, apenas empieza el telón a caer, cuando se termina el estreno de una comedia: «¡Que salga el autor!...»

«¡Que salga el autor!...» «¡El autor!...», grita una y cien veces, encarándose ya de mala manera con el actor que ha hecho de protagonista, como si quisiera decirle al mismo tiempo: «¿Es que no me oye usted? ¡Le digo que salga el autor! ¡Si no va usted por él inmediatamente, nos veremos las caras!»

Y el actor, haciendo con la mano señal de que aguarde un poco, que va a ser complacido, se mete por una puerta cualquiera, y no ha desaparecido por allí su figura, cuando sale trayendo de la mano a una *birria* de señor, pálido y ojeroso, que empieza a hacer incongruentes saludos al público, que le contempla atónito.

Bien; ¡ya ha salido el autor! Ya está servido el jefe de la claqué, que aplaude furiosamente. Pero este hombre extraño continúa, enardecido, gritando: «¡El autor!... ¡El autor!...»

¿Es que quiere que salga el autor del autor? ¿Es que abriga la esperanza de conseguir, por pulmones, que le traigan también al padre de aquel señor pajizo que saluda? ¡Oh, eso sería demasiado! El padre del autor no tiene la culpa de que su hijo escriba comedias. El no lo pudo sospechar nunca. Le ha salido así sin poderlo remediar. Podemos asegurarlo, con noventa y nueve probabilidades contra una, de acertar plenamente.

Mientras hacemos estas consideraciones, se oyen en la sala del teatro unos leves aplausos y unas furiosas palmas. Estas furiosas palmas las producen unos señores que rodean al jefe de la claqué, y aquellos leves aplausos son del público restante.

Nadie nos impedirá decir que no hemos llegado a comprender nunca por qué manifestamos nuestro júbilo batiendo las palmas de las manos. El acto es sencillamente pueril y extravagante. ¿Por qué no sonarnos las narices? ¿Por qué no tosemos? ¿Por qué no gritamos ¡uh... uh... uhl...? Si el caso es hacer ruido, hemos de confesar que el ingenio humano se ha contentado con bien poca cosa. Desde luego, sería más divertido y menos escandaloso que a la salida del autor se dedicara el público a hacer ese gesto de relamerse los labios que hacemos todos cuando nos ha sido grato al paladar un dulce. Esto podría complementarse muy bien con poner los ojos en blanco y chasquear la lengua. Así, por lo menos, habría una frase hecha

más que aplicar al feliz resultado de un estreno. Hela aquí: «El éxito fué de rechupete.»

Ahí queda la idea. Las generaciones futuras verán lo que hacen con ella.

Pero no pretendamos renovar las costumbres. El autor está en escena. Ha cogido de la mano a dos actrices y avanza con ellas al prosenio. ¡¡Viene a nosotros!!! Vemos que, si no le detienen, va a saltar a las butacas para saludarnos, agradecido, más de cerca. Nos horroriza el gachapazo que va a pegar cuando eche un pie en el vacío sobre la batería de las candilejas. Pero alguien, dentro, piensa lo mismo que nosotros, y oportunamente hace bajar el telón, impidiendo la catástrofe. Respiramos.

Mas el público, siempre ávido de emociones, arrecia en sus aplausos. Ha olfateado la tragedia. Exige que se levante nuevamente el telón, sin duda para ver si aquel desdichado continúa avanzando, ciego. ¡El autor está perdido!

Como si levantaran ante nosotros una muralla que nos descubriera un precipicio, sentimos la angustia de ver levantarse la cortina nuevamente; pero, ¡ah!, alguien advirtió el peligro, y ahora el autor saluda retrocediendo. ¡Así no hay cuidado de que se estrelle! Puede desaparecer por la chimenea del foro; pero nosotros, que sabemos que aquello es figurado, no tenemos inconveniente en aplaudir, animándole, para que lo efectúe. Sería divertidísimo. Pero una mesa se interpone a espaldas del autor, y mientras que las actrices que lleva de la mano siguen retrocediendo, saludando con reverencias de corte, el pobre hombre, detenido por el mueble, extiende los brazos hasta lo inverosímil para no cometer la incorrección de soltar las bellas manos de las damas. El peligro consiste ahora en un doloroso descoyuntamiento.

«¡Bravo!... ¡Bien!... ¡Bravo!...», se oye decir al público.



Dib. SILENO. — Madrid.



Y es que nos hemos olvidado de la comedia, de su tesis, de su primorosa interpretación, del lujo y propiedad con que nos fué presentada... Asistimos a un espectáculo emocionante. Es inminente el momento en que el autor, no pudiendo estirar más los brazos, apoye sus espaldas en el filo de la mesa y dé una vuelta de campana...

Pero cae nuevamente el telón, y como no vuelve a levantarse, nos marchamos a casa un poco contrariados.

No nos extrañaría que los críticos le dieran un palo a la comedia.

¡No se puede defraudar al público tan descaradamente!

PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ

## EL HOMBRE DEL PALITO

Yo conocí a Salomón Crispín en la fiesta de una aldea. De pie sobre un banquillo dominaba todo el baile, y con un palito en la mano seguía el compás de la música.

Al verme, descendió de su pedestal, y se dirigió a mí con acentuada cortesía.

— Usted — me dijo — es forastero en este pueblo. Yo conozco a todas las personas más distinguidas y notables de los contornos, porque yo soy aquí quien todo lo dirige: la música que usted acaba de oír, las discusiones de estos pobres campesinos, los asuntos del Concejo, la corriente del río, los más sencillos como los más complicados negocios. Usted, que viene seguramente de la corte, ha de saber si en aquella gran urbe podría ser útil un hombre como yo para indicar el orden de la vida a tan ilustres como numerosos ciudadanos.

Tal ente me pareció no estar muy en su juicio; pero yo no debía eludir una adecuada respuesta.

— En todos los tiempos y en todos los pueblos — le dije — fueron y son útiles hombres como usted. En lo antiguo, Aristóteles dirigió el pensamiento de la Humanidad. Más tarde, Newton indicó el camino a las pesadas moles celestes... Hoy, el eminente Einstein...

En este momento, una bullanguera caterva de mozalbetes interrumpió nuestro diálogo, rodeando, empujando y zarandeando a mi interlocutor, a quien procuraban marear con preguntas incongruentes.

Pasado algún tiempo, y visitando yo el Museo del Prado, tuve la agradable sorpresa de encontrar al gran Salomón.

Una silla colocada delante de las Meninas le servía de pedestal, y él, de espaldas al cuadro, indicaba con su palito al techo, al suelo, al frente, a los costados... Al percibir el ruido de mis pasos, arreció su voz, permitiéndome oír estas modestas afirmaciones:

— Por mí son conocidos los misterios de la técnica de Velázquez. Yo descubrí al Greco, y puedo iniciaros en los secretos de su arte y en los de aquel vidente que se llamó don Francisco de Goya y Lucientes. Yo...

Y girando la mirada por el espacio del salón desierto, como si inspeccionase la atención de un numeroso audito-

rio, fijó su vista en mí, saltó del pedestal y vino a saludarme con el caluroso afecto de un entrañable amigo.

— Es lástima — me dijo — que haya usted llegado al final de mi conferencia. Y quizás le extrañe dónde haya podido adquirir tan vasta erudición. Le explicaré:

»En esta primavera económica, recién llegado, tuve la inefable suerte de escuchar a muchos elocuentes oradores, y no sólo me aleccioné en tan curiosas como interesantes doctrinas, sino también, y esto reservadamente, de las remuneraciones pecuniarias que a tan sabia labor se destinan.

»Ser orador es mi ilusión, mi decidido empeño. Pero recuerdo que en nuestra entrevista de la aldea usted nada me habló de esta para mí tan adecuada profesión, ni de otros honrosos y lucrativos puestos, desde los cuales dirigen los hombres como yo a las muchedumbres inconscientes que trabajan en las artes, en las ciencias y en las letras.»

En aquel momento, un grupo de visitantes entraba en la sala, y mi amigo, esclavo de su deber, me dejó precipitadamente para ocupar su pedestal.

\*\*\*

Pasó aquella primavera, pasaron el verano y el otoño, y, al fin, vino el invierno. Las lluvias arreciaban, y mis botas exigían con urgencia una restauración. Con tal motivo, recibí la gran sorpresa de encontrar por tercera vez a mi amigo Salomón.

— No me llame usted Salomón — me contestó con dejo de amargura —. Yo soy Crispín; mi padre fué Crispín.

»No hay Salomón, ni vanas ilusiones.

»Llueve cuando Dios quiere... El río sigue su curso... El Quijote se adelantó al epítome, y cuando el terror de la invasión francesa cerró las puertas de la docta casa de las nobles artes, Goya pintó mejor que nunca.

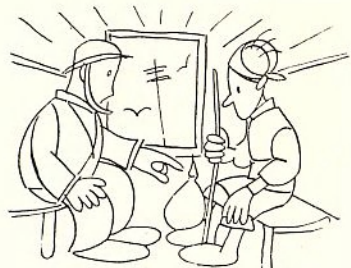
»Es insensato indicar el camino; pero, fuese el que fuese, lo esencial, lo firme, es llevar buenos zapatos.»

Quedé muy satisfecho de la reforma de mis botas, y convencido de todo aquello que Crispín me decía montado en su banquillo y sin dejar de machacar la suela.

MANUEL MARÍN MAGALLÓN

## ABAJO LOS CONSUMOS Y ARRIBA LA BOTA

HISTORIETA SEMIMUDA, por Barradas



— ¡Va usted a tener que pagar el vino!...



— ¡El vino paga 0,65 el litro!...



— ¡...!



— Oiga, galán: las botas vacías, ¿tienen que abonar algo?...



# LAS DOS CARAS DE LAS MUJERES

Hoy nos vemos en la precisión de escribir un artículo con moraleja. Nunca lo hubiéramos esperado de nosotros, y no lo volveremos a hacer; pero por esta vez no hay más remedio. Los retratos de esa linda actriz nos dan una lección, nos ofrecen un ejemplo, y no podemos resistir a la tentación de comentarlo.

Se trata, como ustedes ven, de un hecho vulgar, general y sencillísimo: de una mujer que se pinta. Estamos ante un caso muy frecuente: una mujer con varias caras. Sin embargo, el fenómeno ofrece la particularidad asombrosa, excepcional, insólita, y, pudiéramos decir *mirloblancuzca*, de que la cara bonita va debajo y la cara fea a la vista.

A la otra cara siempre le solemos llamar *cruz*, porque todo el que tiene dos caras y se atreve a dar la cara, da la buena, y luego resulta que a las primeras «de cambio» nos encontramos con que había otra cara debajo, y es cruz a más de cara.

En este caso, no. Y esto es lo notable. ¿Qué pretende esta mujer?... ¿Cómo no explota ese don que parece el único fomentable, administrable, considerable?... ¿Cómo no se ha dado cuenta de que teniendo una cara «tan rica» — según la expresión corriente, o sea, tan convertible en riqueza —, no procura enseñarla a todas horas para su consiguiente inversión crematística?

Razón sencilla, amigos. Ley inexorable. Todo lo que nos anda por los adentros, sale, tarde o temprano, a la cara.



La cara no es un espejo solamente: es un delator. Arreboles en el rostro indican pudor o mal de hígado; color verdoso, bilis, y palidez, romanticismo, miedo o clorosis.

Hay una correlación entre nuestro interior y el color; y la hay también entre nuestro interior y el colorrete.

Las personas de ingenio cándido y vulgar suponen que las damas que se pintan lo hacen así para poder pasar por guapas. Nada más erróneo. Toda mujer que se pinta está declarando a todas luces, precisamente, que no es guapa. El parangón que sostienen algunos autores entre los carteles anunciadores que se pegan en las paredes y el maquillaje de las damas, no tiene fundamento más que en lo chillón de los colorines; el cartel se hace llamativo para pregonar la excelencia del producto que anuncia, y la dama nos llama la atención para que caigamos en la cuenta de que la mercancía es falsa. A nadie engaña la pintura en el rostro de una señora; dice

lealmente, y a las claras, que toda la belleza que miramos estaba, momentos antes, en la tienda. Sabemos bien que si juntamos, en arrebatado transporte de efusión, a nuestra mejilla su mejilla, pasará, transportado también, a la nuestra el color de la suya.

La mujer que se pinta, lo hace, a mi parecer, por un acto de cortesía y bene-



volencia hacia el prójimo. Lo mismo que ciertas señoras andan en chanclas por su casa, y en cuanto dicen a salir se ponen tacón alto, para estar, como ellas dicen, «presentables», así también las que son chanclas de rostro procuran dar elevación a la faz, y se las arreglan como pueden.

En Andalucía existe, según dicen, la costumbre de que el casero de una casa, cuando piensa revocar la fachada de su edificio, consulte al vecino de enfrente, y no a su gusto propio, dado que ha de ser el vecino el que ha de estar gozando o padeciendo el espectáculo del exterior de la casa, y no el que vive en ella. Este mismo es el caso de las damas: revocan la fachada de su finca con la cal, el estuco y el albayalde que puede ofrecer a los ojos del transeúnte el aspecto más galano.

Ahora bien: el caso de estas damas no puede ser resuelto con la misma facilidad que el de los caseros antedichos; porque éstos se limitan a consultar con el vecino de enfrente, mientras que las





señoras, como aspiran a gustar a todos los transeúntes, no pueden atenerse a la opinión de uno solo, y han de guiarse por sí mismas y encalarse con arreglo a su criterio personal. Y aquí viene a cumplirse lo que antes decíamos: cada una se arregla el exterior de la cabeza en consonancia con el interior de la misma. Lo que hay dentro, sale afuera. Hay algunas que no tienen más que harina, y se rebozan.

Esta es la explicación evidente del fenómeno.

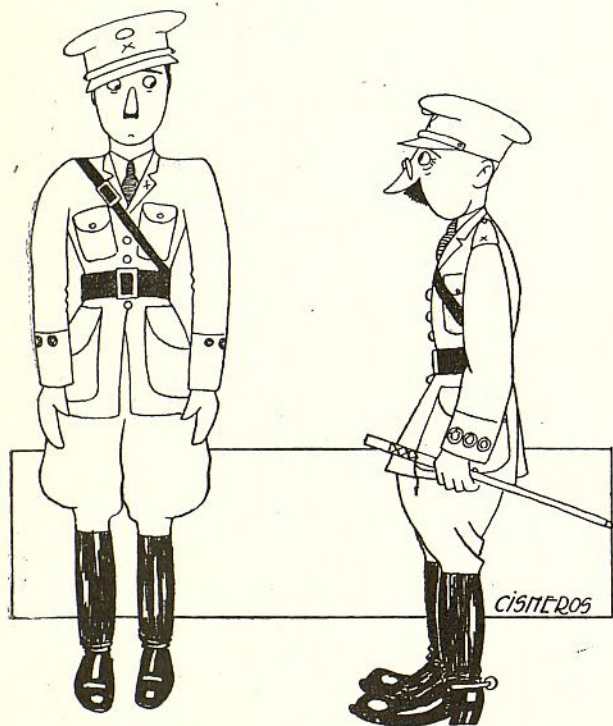
Si tuvieran en la cabeza otras sustancias de que echar mano, comprenderían que hay otros muchos medios de hacerse interesantes que no los imposibles de imitar a las guapas.

En los grabados adjuntos pueden ver los lectores — y sobre todo las lectoras — una prueba clarísima de ello. La

señorita que ahí se ve tiene, indudablemente, algo importante en la cabeza, y tuvo la ocurrencia de demostrar a los rutinarios que puede una mujer fea entusiasmar lo mismo que una bonita. Quiso demostrar a las feas que no importa ser fea, pues siendo guapa se afeó; y a las guapas, que no importa ser guapa, ya que siéndolo ella logró con su fealdad más fama que con su belleza.

Es ésta una moraleja que ofrecemos, no a nuestras lectoras feas, porque nosotros no tenemos lectoras feas, ni a las lectoras tontas — porque no podemos figurarnos que sea tonta una mujer que tiene la espiritual ocurrencia de leerlos —; pero sí a los hombres que, por sólo fijarse en el palmito, suelen quedarse luego con el palmito en las narices.

MANUEL ABRIL



Dib. CISNEROS  
Madrid.

— Como estamos en plan de economías, desde mañana quedan suprimidos los gastos...

## CUPLETERÍAS

Hay en Madrid unos cuantos cafés dedicados a centros de contratación de artistas de variedades, y por las noches es difícil encontrar en ellos una mesa desocupada: tal es la afluencia de personal de ambos sexos. Allí, cancionistas y bailarinas consumiendo cafés y refrescos; allí, las mamás respectivas devorando solomillos con patatas; allí, agentes ofreciendo contratos y autores colocando letras de esas que dicen:

«Yo he nacido en el arroyo,  
me crié muy desvalida,  
hasta que llegó la edad del desarrollo,  
y hoy vivo mi vida,  
pues soy una entretenida  
muy distinguida  
que tiene mucho meollo.»

O bien de este otro género:

«Yo soy una chulona  
de la provincia de Gerona,  
muy fetén y muy juncal.  
Yo soy una barbiana

de Castellón de la Plana,  
nacida en Burriana,  
y natural de Triana,  
y lo digo muy formal.  
Yo voy por la Castellana  
subida en mi tartana,  
porque yo soy más cabal,  
más brutal y más fecal  
que el arroyo Abroñigal.  
¡Ole mi sal!»

Yo, cuando tengo algún disgusto serio (el pago del inquilinato, por ejemplo), y quiero olvidarlo, me encamino a un café de estos y allí paso las horas escuchando a unas y otros. No pierdo el tiempo, no. Oigo y voy anotando.

MAMÁ. — Pero ¿usted cree que la hija de mi madre ha estao criando a este ángel pa que salga luciendo ante un público to lo que entre su padre y yo le hemos dao?

AGENTE. — Si no quiere salir así, no hay nada de lo dicho.

MAMÁ. — No se trata de que a la chica le dé vergüenza de presentarse en ropas ligeras. No me ha dejao usted acabar. Digo yo que, menos de cinco duros diarios y dos viajes, mi niña no se desnuda.

MÚSICO 1.º — Que te digo yo que ese chotis tuyo titulao *Arza p'álante* está robao de un fox mío que se titula *Chim-Pam-Ce*.

IDEM 2.º — Bueno; pero ese fox tuyo me lo robaste tú de una canción apache mía, original, titulada *Te daba así!*

IDEM 3.º — ¡Serás frescol! Decir que esa canción apache es original, y es un calco de mi fado *Portuguesa de Portugal*.

IDEM 4.º — No puedo oír estas cosas. Ese fado es una copia del estribillo de mi cuplé chino *Nisperos del Japón*.

No hay más que cuatro músicos en este grupo. De haber alguno más, quién sabe si se hubiera llegado a averiguar que el chotis *Arza p'álante* procedía en línea recta del racconto de *Lohengrin*.

AUTOR 1.º — ¿Quién, la Torbellino? Esa es una telonera, y na más, hombre.

IDEM 2.º — Hinchá que le tienes porque no te canta ningún número.

IDEM 1.º — Es una analfabeta.

IDEM 2.º — ¿Y la Milonguita?

IDEM 1.º — Otra analfabeta.

IDEM 2.º — Tú, que sabe leer y escribir.

IDEM 1.º — Yo me refiero a que no sabe pronunciar.

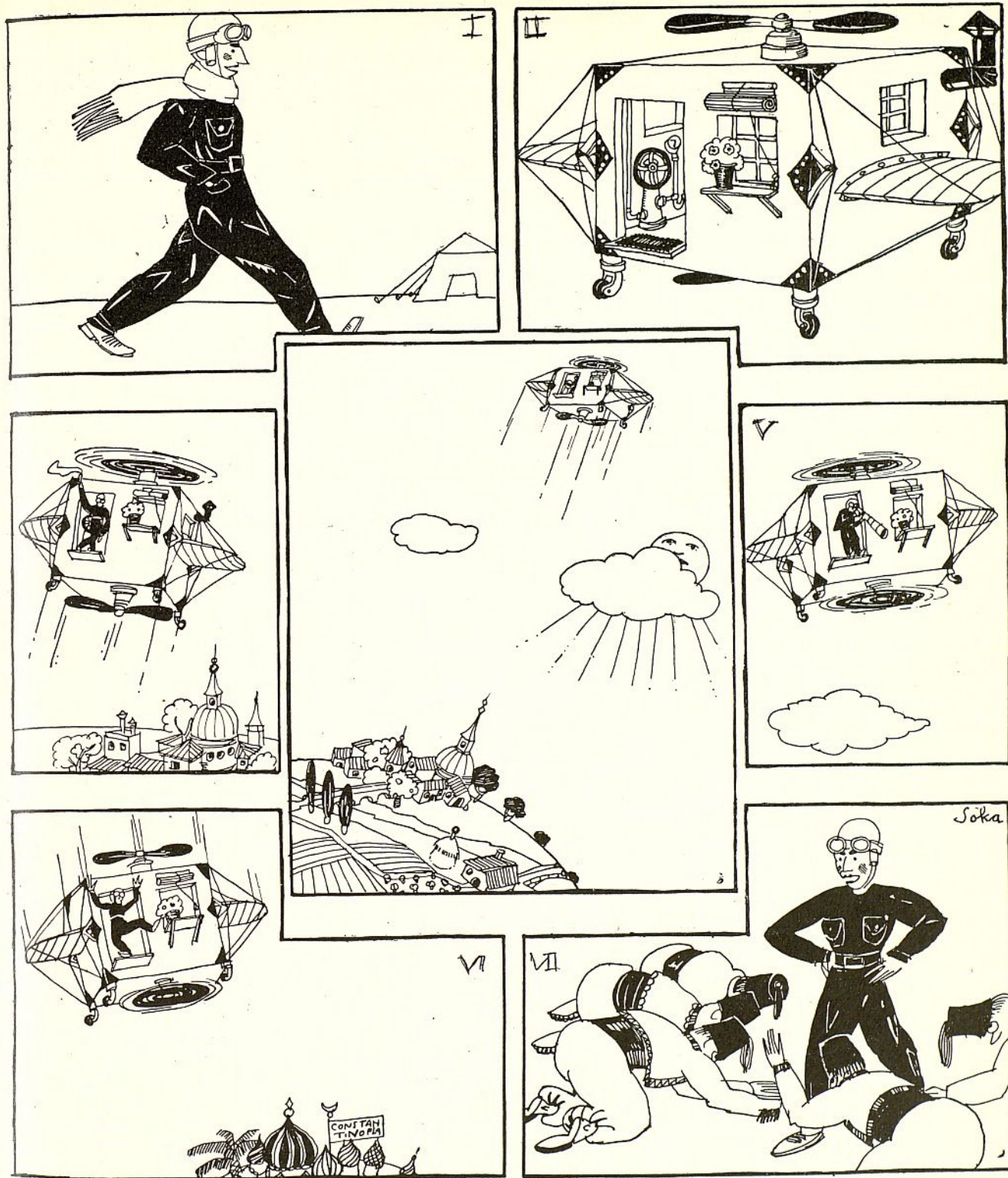
IDEM 2.º — Que le tienes tirria.

IDEM 1.º — La tengo *inquinia* porque me ha rechazado mi cuplé titulao *Soy de Tarrasa*. ¡Lo mejor que he escrito! Tiene un estribillo que dice:

«Para bailar la sardana,  
nada como una catalana.  
Soy de Tarrasa,  
donde tienen ustedes su casa.  
Y, sin miedo a meter la pezuña,  
os diré, de corazón,  
que casi todas las catalanas  
son de Cataluña,  
o son de su región.  
¡Chim! ¡Pom!»

GUILLERMO HERNÁNDEZ MIR





## LOS GRANDES INVENTOS

Dib. SOKA. — Madrid.

I. El gran Sokete, ilustre inventor del Fijomán (patente 20.202). — II. Sokete, pilotando el Fijomán, aparato para grandes vuelos, se dirige a Constantinopla. — III. El mecanismo del Fijomán es de una sencillez prodigiosa. La disposición de la hélice superior eleva el aparato. — IV. La disposición de la hélice inferior hace descender al aparato. V. El Fijomán, por este doble juego de sus hélices, queda matemática y definitivamente estático. — VI. La rotación constante de la Tierra hace todo lo demás. No hay sino esperar que pase Constantinopla. — VII. Entonces, Sokete se apea del Fijomán, victorioso, triunfador, entre el entusiasmo y las zalemas de todos los turcos.



# POR QUÉ SE VOLVIÓ LOCO ARMANDO TRICOT

Armando aguardaba impaciente, a pesar de llamarse Armando.

El que crea ver en esto una incongruencia, que alce el dedo. Apuesto a que todos los lectores han levantado su dedo correspondiente, quién el dedo meñique, quién el índice, quién el de corazón. A mí me toca el anular..., el anular esta protesta de los lectores.

Armando aguardaba impaciente, a pesar de llamarse Armando, porque está probado que todos los hombres que se llaman Armandos son pacientes.

Bueno, y ya es hora de decir que nuestro amigo Armando Tricot tenía unas razones más poderosas que un cañón Krupp para impacientarse de aquella forma. Eran las ocho de la noche, meridiano Sigüenza, y desde las tres y media de la misma tarde, Armando esperaba a una dama.

¡Qué dama, señores! Una dama como para ganar diez juegos. Esbelta ella, peli negra ella, encantadora ella, y de Villanueva del Arzobispo ella. Este era su punto más oscuro, junto con la desgracia, ligeramente ancestral, de tener marido. Es decir, el marido se tenía él mismo, gracias a dos pies que poseía de un tamaño tan hiperbólico, que cierta vez que se hizo botas de piel de becerro consumió las envolturas de todas las víctimas de una becerrada de los empleados de coches-camas.

Armando había conocido a Filomena — la dama se llamaba Filomena, y hasta tenía el cinismo de ponérselo en las tarjetas de visita —, de un modo un poco absurdo; ambos coincidieron en un ascensor de determinada casa. Y, claro, lo que ocurre en casos tales: el ascensor tardó seis horas treinta y dos minutos y doce segundos en llegar al piso ansia-

do, y en ese espacio de tiempo, Armando y Filomena se narraron respectivamente sus vidas y discutieron sobre las consecuencias que había tenido para España la muerte de Ramón Berenguer IV de Barcelona.

Desde aquel momento, el amor les unió con lazos de seda *liberty*.

Sus relaciones eran más accidentadas que los Apeninos. A fin de que el marido no sorprendiese sus pláticas, se veían en sitios un tanto arbitrarios, por ejemplo: los fosos del teatro Rey Alfonso; un vagón de tercera, abandonado cerca de la estación de Arganda; un kiosco dedicado a la compraventa de quisquillas, que se erguía en la plaza de San Marcial, y el panteón de la noble familia de Apolóniez de Menjibál, sito en la patriarcal de San Justo.

Porque, según Filomena, su marido era un chacal de la manigua que si se enteraba de su desliz, se hacía una toquilla con las epidermis de ambos.

Ante aquella posible conducta del marido, Armando palidecía hasta el blanco. Por eso, en el día de que nos ocupamos, Tricot tiraba de impaciencia y se imaginaba que al faltar Filomena a la cita era que entre ella y el marido se había desarrollado una horrosa tragedia. Pero que se había desarrollado como si se dedicase a los deportes.

De pronto, cuando ya el joven iba a telefonar a las Casas de Socorro preguntando en cuál había ingresado una señora en estado comatoso, sintió que le cogían un brazo con intención de llevarse para siempre. Era Filomena, que venía más descompuesta que un reloj de pulsera.

— ¿Qué ocurre?

— ¡Por Dios! ¡Armando! ¡Un coche un taxi, algo! ¡Que viene!

— ¿Que viene?

— ¡Que viene dispuesto a hacernos la autopsia!

— Pero ¿quién?...

— ¡Mi marido!

— ¡San Feliú de Llobregat, qué apuro!

— ¡Ven!... ¡Vamos!...

Se lo llevó a la rastra hasta un taxi de tarifa blanquísima, casi nítida, y el vehículo emprendió un rodar demente hacia las afueras.

Filomena se explicó:

— Salí de casa diciendo que iba a comprarle un traje del doctor Rasurel, y no tardé en observar que me perseguía. Al verte, sólo pensé en huir; ya estamos en salvo. ¡Gracias, Dios mío!

Pero Armando la interrumpió con voz de violoncello:

— ¡Miral... ¡Viene detrás!...

Era cierto. Detrás del auto corría un hombre sin nada a la cabeza, gesticulando desesperadamente.

— ¡Oh! — exclamó Filomena —. Yo me desmayaría; pero he olvidado en casa el frasco de sales.

— Entonces, déjalo para la noche.

— ¿Qué hacemos?

— ¡Huir a escape!

Se dió orden al chófer de acelerar, y el auto emprendió una carrera como para llegar al Doctorado en cinco días.

A las tres de la mañana, el vehículo había hecho el recorrido siguiente: calle de Alcalá, Pardiñas, Ventas, Ciudad Lineal, Tetuán, Dehesa de la Villa, Cuatro Caminos, Hipódromo, Recoletos, Prado, Atocha, calle Mayor, carretera de Extremadura, Villaviciosa de Odón, Getafe, Villaverde, dos vueltas a la capital, por las Rondas, San Rafael, El Escorial, Aravaca, carretera del Pardo y Cárcel Modelo, y se disponía a seguir hacia Zaragoza. El taxi señalaba setecientas veintidos pesetas con ochenta.

El marido de Filomena seguía detrás, y los dos amantes rezaban en alta voz la letanía.

Entonces ocurrió algo espantoso: se acabó la gasolina. Armando vertió en el depósito la que se encerraba en su mechero; el auto recorrió doce centímetros más, y se paró definitivamente.

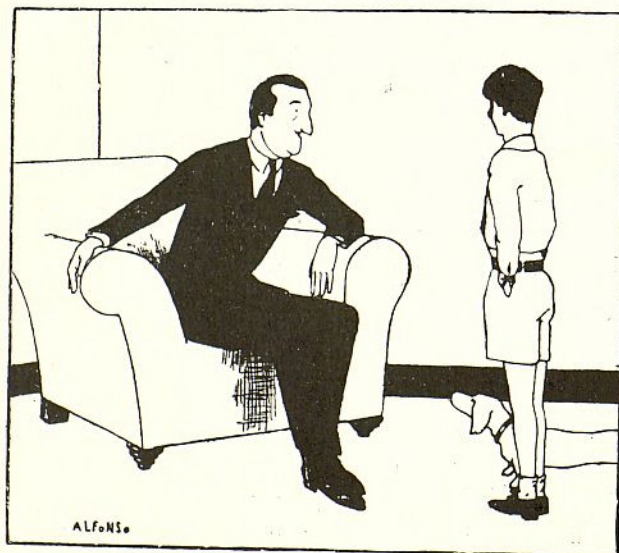
Tricot, dispuesto a todo, se lanzó al camino precedido de Filomena. El marido venía corriendo a paso gimnástico. Se acercaba, se acercaba cada vez más. El drama se oía en la atmósfera.

Un poco jadeante, el marido se dirigió a Filomena y pronunció estas palabras:

— Venía a decirte que al marcharte de casa dejaste abierta la llave del gas.

Ya sabe el lector por qué Armando Tricot se volvió loco.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. ALFONSO  
Madrid.

— Qué, Luisito, ¿no sabe tu perro ponerse en dos patas?

— Verá usted: en la otra casa se ponía; pero en ésta, como es tan baja de techo...



# NUESTRAS ARTISTAS DIBujan Y ESCRIBEN

UN ARTÍCULO  
DE MARÍA ESPARZA  
ILUSTRADO POR ELLA MISMA

*La gentilísima María Esparza, como podrán ustedes apreciar por las humorísticas líneas con que nos ha honrado, es un «escritor» (como dicen en Francia) de cuerpo entero. ¡Y, además, hay que ver el cuerpo entero y retrecherísimo de nuestra colaboradora, que, por cierto, no nos ha enviado más que el busto!*

DOCUMENTO ENCONTRADO POR MÍ EN  
LAS RUINAS DE ÍTALICA ANTES DE QUE  
COLLADO ESTUVIERA MUSTIO

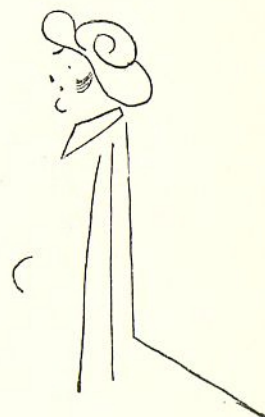
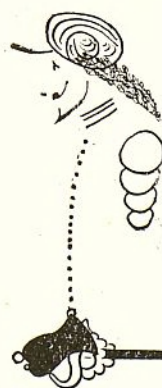
Cuentas que presenta a don Juan Tenorio López su  
escudero, Marcos Ciutti, nacido en el Quirinal de Sevilla,  
Torre del Oro.

	Pesetas.
Por un disfraz harto ruín, del Rastro del Capitolio, para huir de Roma.....	0,50
Por una romana caprichosa (controlada por el Directorio).....	15
Derechos de fijación de carteles en Roma y Nápoles.	0,60
Por un filtro envenenado.....	6
Por un traje nuevo para un caballero a quien provocó mi amo y señor.....	100
Arreglo del tabique que estropeó el comendador por demostrarnos que los muros más espesos se abrían a su paso: «¡Mirál!».....	35
Propina que tuve que dar al alguacil segundo para que prendiera a don Luis.....	10
Arreglo del reloj de arena del comendador, porque parecía que adelantaba.....	2,50
Gratificación que me ordenó mi amo diera a doña Brígida Maluquer por todos sus servicios..	1
Por unas gafas para distinguir los clérigos de los seglares.....	1,20
Por un antifaz que rompió mi amo en la hostería del Laurel al ponerle a su padre la mano en la faz.	0,30
Alquiler de un mal rocín.....	15
Comida que dimos a los señores Centellas y Avellaneda, con inclusión de una lata de caviar, que no comieron, pues creían que era perdigones....	67
Lavado de ropa y otras cosas superfluas por el estilo.....	0,95
<b>TOTAL.....</b>	<b>255,05</b>

Firmado: Marcos Ciutti y Ezpiagurre. — Hay un sello que dice: «Sindicato de Escuderos. Venecia.»

Por la copia,

*María Esparza*





# APUNTES DE UN BAILE DE MÁSCARAS

## EL QUE QUIERA DARLE ESQUINAZO A LA GALLEGA

No había más remedio que aceptar; mi mujer me lo impuso como condición precisa:

— O llevas a mi hermana al baile de máscaras — me dijo con firmeza —, o no vas tú.

Mi carácter apacible huía de una larga discusión para exponerle el por qué no estaba satisfecho de llevar a mi cuñada al baile.

Mis numerosos argumentos se hubieran estrellado con la terquedad de mi cara esposa.

— O llevas a Clotilde — repetía —, o no vas tú.

Además, la hermanita se llamaba Clotilde.

Es un grave problema, para un hombre que tenga cuñadas casaderas, mantenerse en un equilibrio sentimental con todas ellas y con el resto de la familia.

Todos los esfuerzos del hombre en esas condiciones, según la psicología femenina, deben tender a casar a su cuñada, como si no fuera bastante lo que ya hicieron con uno.

Realmente, a no ser por los deseos que tenía yo de ir al baile, hubiera podido encontrar una excusa y quedarme en casa; pero el empeño de convencerme un año más de lo aburrido que es un baile de máscaras, hizo que me decidiese a asistir, con cuñadita y todo.

— ¡A ver cómo te compones! — le había dicho medio en broma, cuando se convino consumir el acto.

En verdad que no tenía ninguna confianza en el gusto de aquella muchacha, que se entusiasmaba con las zarzuelas de costumbres campesinas.

Hasta la noche del baile no quisieron decirme de qué iba a ir.

— Te guardamos la sorpresa — me dijeron.

Una hora antes de salir, hizo su aparición Clotilde: la pobrecita iba de gallega.

— Pero ¿cómo te has puesto así? — hube de exclamar.

Pero no pasé más adelante, en previsión de los posibles sollozos de decepción y de las reprensiones conyugales.

Llegué con la gallega al baile, ¡el hombre es débil!, y procuré ocultarme de los amigos. Pero fué en vano.

Todos nos descubrieron, y, al ver a mi pareja, me miraron con sorna.

Uno me dijo:

— Conque venimos al baile con la criadita, ¿eh?

Realmente, mi cuñada im-

ponía, con su negro corpiño y su refajo rojo; y luego, toda llena de corales, como muelas y dientes colorados, parecía una telonera de esas que atruenan las salas de *variétés* llamando al rapaciño.

Dimos la vuelta al salón; sonó la música; nos empujaron.

El bailar con mi cuñada, además de ridículo, me resultaba pesado, y me guardé muy mucho de proponérselo; así es, que me sumí en la desolación cuando ella me lo pidió.

Terminado el baile aquel, seguimos dando vueltas; la subí al paraíso; la volví a bajar, y nos sentamos en unas de esas butacas que hay al pie de los palcos, y en las que tanto le pisan a uno.

Sumido en el mal humor junto a mi gallega, recapacitaba mi semejanza con algún anuncio de jabón.

Con cualquier mujer llega un momento en que se puede uno extralimitar, con la seguridad de un arreglo inmediato o de una ruptura absoluta. Con una cuñada, no...; porque la cuñadita, en el segundo de los casos, da el mitín en casa, y en el primero, no te la quitas de encima en toda la vida.

Estas consideraciones me hicieron cumplir como un caballero.

Sentados en nuestras butacas; recibiendo todo lo que arrojaban de los palcos superiores: trozos de pan, corchos de alguna botella, etc., veíamos pasar la gente enmascarada, ellas con

toda clase de disfraces, y ellos de coristas de opereta.

— ¡Mira, una bayadera! ¿Te hubiera gustado que me hubiese puesto de bayadera? — me dijo Clotilde.

— Sí — le contesté —, y me callé el «porque no te hubiera traído».

Después de ver desfilar sesenta y tres pierrotos, decidimos dar otra vuelta.

Aprovechando un barullo, me perdí de mi compañera; ya no podía más: me negaba a seguir con la gallega pesada.

Pero al dirigirme al *buffet* me sentí cogido por un brazo, no recuerdo cuál; era la misma.

— Perdona, me perdí en el barullo — me dijo.

Yo la perdoné.

Bebimos en el *buffet* champán. La gallega bebía haciendo gestos, por las burbujas.

Entonces fué cuando me escabullí de nuevo, y esta vez con éxito; lo menos estuve cinco minutos solo, hasta que me volví nuevamente a sentir cogido del brazo derecho por ella, que se desahucia en disculpas.

¿Fué la desesperación?... No lo sé; el caso es que la llevé a un palco, lleno de amigos y «amigas».

— Tápatela la cara — le había dicho.

La presenté a la concurrencia:

— La señorita de Figueirido.

Después desaparecí, dejándola en tan mala compañía. En un palco me prestaron un dominó negro, y comencé a vivir mi vida.

Pronto la vi correr alocada, buscándome, sin duda, toda desgredada y llorosa.

Me acerqué a ella y la pellizqué:

— ¡So cursil — le grité, y huyó despavorida.

Al poco tiempo la encontré de nuevo; su aspecto era deplorable: el corpiño torcido y el refajo manchado. Al pasar la dije: «¡Mamarracho!», y le propiné una palmada.

Un grito y una carrera veloz fué su respuesta. Desde entonces, Clotilde, en cuanto apercebía un dominó negro, huía veloz. Yo pasé un baile delicioso.

Al final me quitó el dominó, y a los dos minutos Clotilde se me lanzaba a los brazos.

— ¡Por Dios, protégeme: hay un dominó negro, borracho, que me persigue!

Entré fanfarrón en la sala; pero el dominó negro no apareció. Mi valor asombró a Clotilde; a mí, no tanto.

Y cuando volvíamos a casa, yo la regañé mucho por perderse de mí, y ella me contó las cosas horribles que le habían ocurrido por ir de gallega al baile.

EDGAR NEVILLE



Dib. SORIANO. — Madrid.

— ¿Cuánto me cobrarás por ir de aquí a...?  
— ¡Quince pesetas!  
— ¡No me has entendido! ¡No se trata de comprarte el cochel...



## ALREDEDOR DEL MUNDO

# CURIOSIDADES Y RAREZAS

## I

Según leemos en un periódico, un poco norteamericano y otro poco embustero, recientemente ha sido hallada por unos pescadores de la península de Alaska una ballena que medía cincuenta metros de longitud.

Aterra pensar en el tamaño del corsé de donde se ha desprendido.

## II

Varios admiradores del elocuente y genial perorante perpetuo D. José Francisco Rodríguez, encantados con uno de sus últimos discursos, pensaron rogarle que lo repitiera delante de un gramófono, para que se conservase en un disco tan sublime muestra de oratoria.

Pero no tuvieron en cuenta la cantidad de palabras que D. José pronuncia en una hora, y cuando quisieron realizar su deseo, se encontraron con la desagradable sorpresa de que para impresionar la más pequeña de las oraciones tribunicias de Francisco Rodríguez hace falta un disco exactamente igual al redondel de la plaza de toros de Sevilla.

Se entiende, la Monumental.

## III

En China hay una costumbre conmovedora que debía ser imitada en el resto del mundo. Cuando un gachó enamorado pilla a una criada en un pasillo y la larga un abrazo inesperado y morrocotudo, tiene la obligación de indemnizarla con algún dinero. La cantidad es insignificante si el abrazo es tierno; pero aumenta en importancia según el abrazo va aumentando en barbarie.

Es decir, para que ustedes lo entiendan: ¡que cuanto más se aprieta, más hay que aflojar luego!...

## IV

En Estocolmo ha tenido lugar el mes pasado un curioso desafío entre dos suicidas. La apuesta consistió en que los herederos del que muriese primero (suicidándose ambos al mismo tiempo) habían de percibir determinada cantidad, abonada por los herederos del que falleciera después.

Inútil es decir que los dos procuraron buscar un procedimiento que les hiciese hincar el pico cuanto antes; pero, como pasa siempre, hubo uno que encontró el medio de triunfar sobre su contricante.

Porque aunque el primero tuvo el buen acuerdo de suicidarse, tomándose una ensalada hecha con cuarenta hongos venenosísimos, el otro le dejó en

mantillas, metiéndose entre pecho y espalda cincuenta y seis chisteras mucho más venenosas todavía.

## V

Hay cosas que tienen un origen verdaderamente peregrino, y que cuesta trabajo no tomarlo a broma.

Ustedes no sé si sabrán que Felipe II tenía mal genio. Pero lo que seguramente no saben, es que un día pretendió castigar ciertos devaneos de su distinguida amiga la princesa de Eboli, y la metió una tanda de bofetadas tan aterradoras, que se alborotó todo el Alcázar Real.

Pues bien: ¡éste es el origen de las famosas tortas de Alcázar!

¡Con la diferencia de que las de hoy hacen tanto daño como aquéllas; pero con la desventaja de que éstas hay que pagarlas, y aquéllas eran completamente gratuitas!

## VI

Se ha dicho repetidas veces, se está diciendo continuamente y se dirá toda la vida (con una pesadez y con una per-

tinacia que ya es un abuso), que el hombre desciende del mono.

Y esta es la fecha en que no ha habido un sabio que tenga la amabilidad de decir a la gente de quién desciende el mono, cosa que la gente tiene derecho a saber.

Pero a mí se me ha puesto en la cabeza acabar con ese misterio, y ahora mismo voy a decirles a ustedes de dónde desciende el mono.

¡El mono desciende de los árboles!

Salvo el caso en que no le da la gana de descender, que suele ocurrir muy frecuentemente.

## VII

Una casa americana ha ofrecido a Romanones un millón de dólares si se compromete a patinar durante hora y media en el Palacio de Hielo.

Romanones dicen que va a aceptar, y dicen que ha dicho también que el día que él penetre en ese edificio para verificar la hazaña, es cuando verdaderamente se podrá llamar con justicia Palacio de Hielo al Palacio de ídem.

NÉSTOR O. LOPE



— Maria, ¡que me hundol...

— ¡Siempre has de estar metiendo la pata!...

Dib. MEL. — Madrid.



# LAS COSAS DE LOS TEATROS

## REVERENTEMENTE

Nosotros haríamos un poco de comentario alegre a costa de la última obra del insigne Linares Rivas, estrenada con motivo de la inauguración de la temporada en el teatro de la Princesa; pero sabemos que D. Manuel, ironista feroz, nacido en tierras donde se cultiva el humorismo corrientemente, es un hombre demasiado sensible a ciertas bromas. Y nosotros — vamos a hablar un poco, muy poco, en serio — somos incapaces de producir molestias a sabiendas. Y menos a una personalidad literaria tan distinguida como el Sr. Linares Rivas. De modo, que nada de alegrías.

*La jaula de la leona* se prestaría a un relato cómico que, en atención a lo expuesto antes, nos vemos obligados a omitir. Con ello, además, nos evitamos el trabajo de escribir un par de cuartillas más. ¡El, tan satisfecho de nuestra reverencia y consideración, y nosotros, encantados de no producirle la más ligera molestia y de evitarnos la de llenar media página del periódico!

Todo son ganancias.

## "MI HERMANO Y YO"

La otra gran novedad de la semana anterior es el estreno, en el teatro de Lara, de la comedia de los Sres. Alva-

rez Quintero titulada *Mi hermano y yo*. Esto pudiera parecer — el título, ¿eh? — una autobiografía de los ilustres saineteros; pero, en realidad, no se trata de eso. Son pláticas de familia, y queremos seguir la actitud tan conocida de no hacer caso. ¿Qué nos importa la diferencia de caracteres y criterios entre D.<sup>a</sup> Leocadia y D. Ricardo?... En todo caso...

Diríamos que la Alba...; añadiríamos que Simó...; agregaríamos que Peña... Pero insistimos en que no hay que conceder importancia a las pláticas de familia.

## EL CONCLAVE

La Empresa del nuevo teatro de la Gran Vía, con Tirso Escudero a la cabeza, congregó hace pocos días a los autores de más fama para pedirles consejo acerca de cuál debiera ser la primera actriz que inaugurase aquel escenario.

Había entre los reunidos autores de obras en verso, de alta comedia, de *astrakán*, de zarzuela; creemos que aun de cuplés. Unos pedían a Irene Alba; otros, a Carmen Jiménez; quién, solicitó la presencia de la *Chelito*... La que más votos obtuvo, en honor de la verdad sea dicho, fué Josefina Díaz de Artigas; esto es, la que no puede ir, porque tiene su compañía formada y sus negocios muy seguros.

En vista de tal dificultad, y descartada la Artigas, la Empresa se ha quedado en la misma perplejidad que antes de convocar a los autores. O, lo que es igual: que la especie de conclave ha hecho salir por la chimenea del teatro una espesa humareda negra, y que sigue sin elegir la papisa.

Será indispensable volverse a reunir y que acudan nuevos cardenales al conclave. ¡Por más que si se reúnen muchas veces, ya lo creo que habrá *cardenales*! ¡Entonces sí que va a echar humo la chimenea!

¡Y la Empresa!

## MUCHO MÁS REVERENTEMENTE

A propósito de si trabajé o dejé de trabajar en pasada función del Rey Alfonso, un camarada — sin duda, estimadísimo, pero ignorado, porque firma con seudónimo — me dedica unas cuantas lindezas de grueso calibre desde las columnas de un colega humorístico.

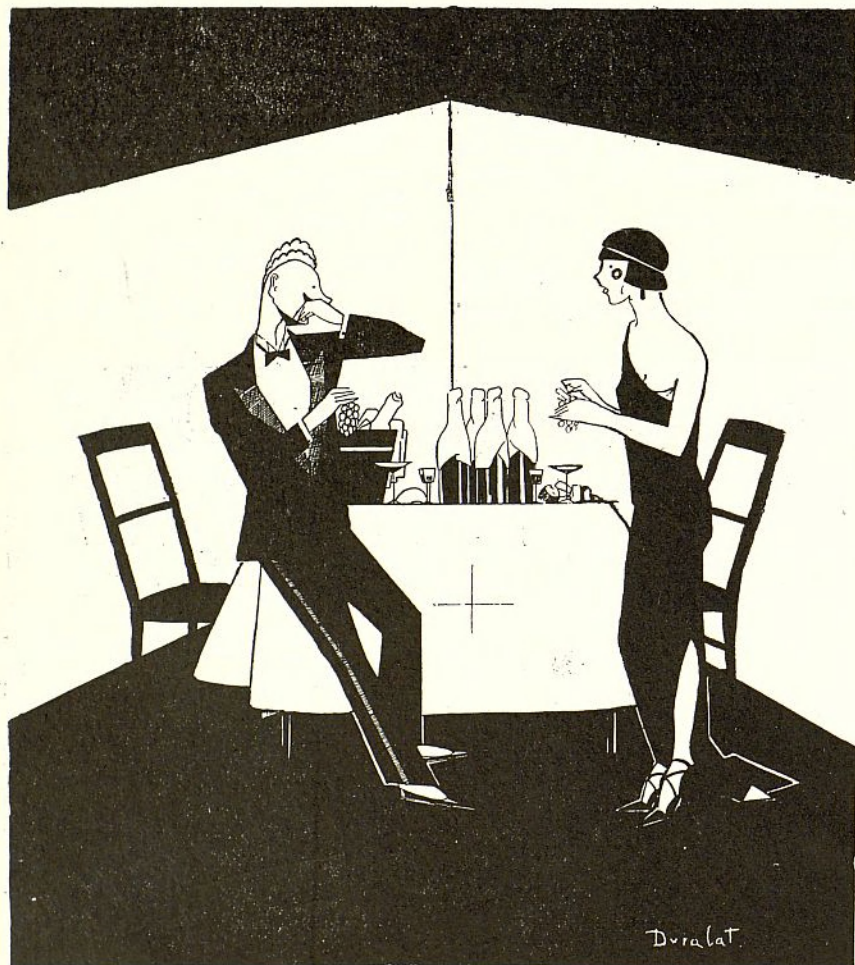
¡Pero eso, caballeros, no es humorismo! ¡Eso es tener demasiado mal humor, que no es igual!

Un genio endemoniado tenemos todos en estos malhadados tiempos que corremos; pero no se nos ocurre agradecer al prójimo de mala manera... ¡Y bien que podríamos!

De todos modos, yo acepto con reverencia, aunque sean las salidas de tono de los cofrades...

¡Faltaría más! ¡Nosotros somos algo humorísticos y un poco de bien educados!

José L. MAYRAL



Dib. DURABAT. — Madrid.

— ¿Has cogido una aceituna?  
— ¡No, chiquita; he cogido una uval...

**PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE**

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO



y yo.  
eh? —  
saine-  
ta de  
remos  
no ha-  
rencia  
Leo-  
so...  
amos  
ña...  
conce-  
milia.

de la  
la ca-  
os au-  
onsejo  
imera  
nario.  
es de  
de as-  
e aun  
Alba;  
ollicitó  
e más  
ad sea  
; esto  
ne su  
s muy

carta-  
ueda-  
antes  
que es  
ia he  
o una  
ue sin

reunir  
l con-  
uchas  
nales!  
mo la

ENTE

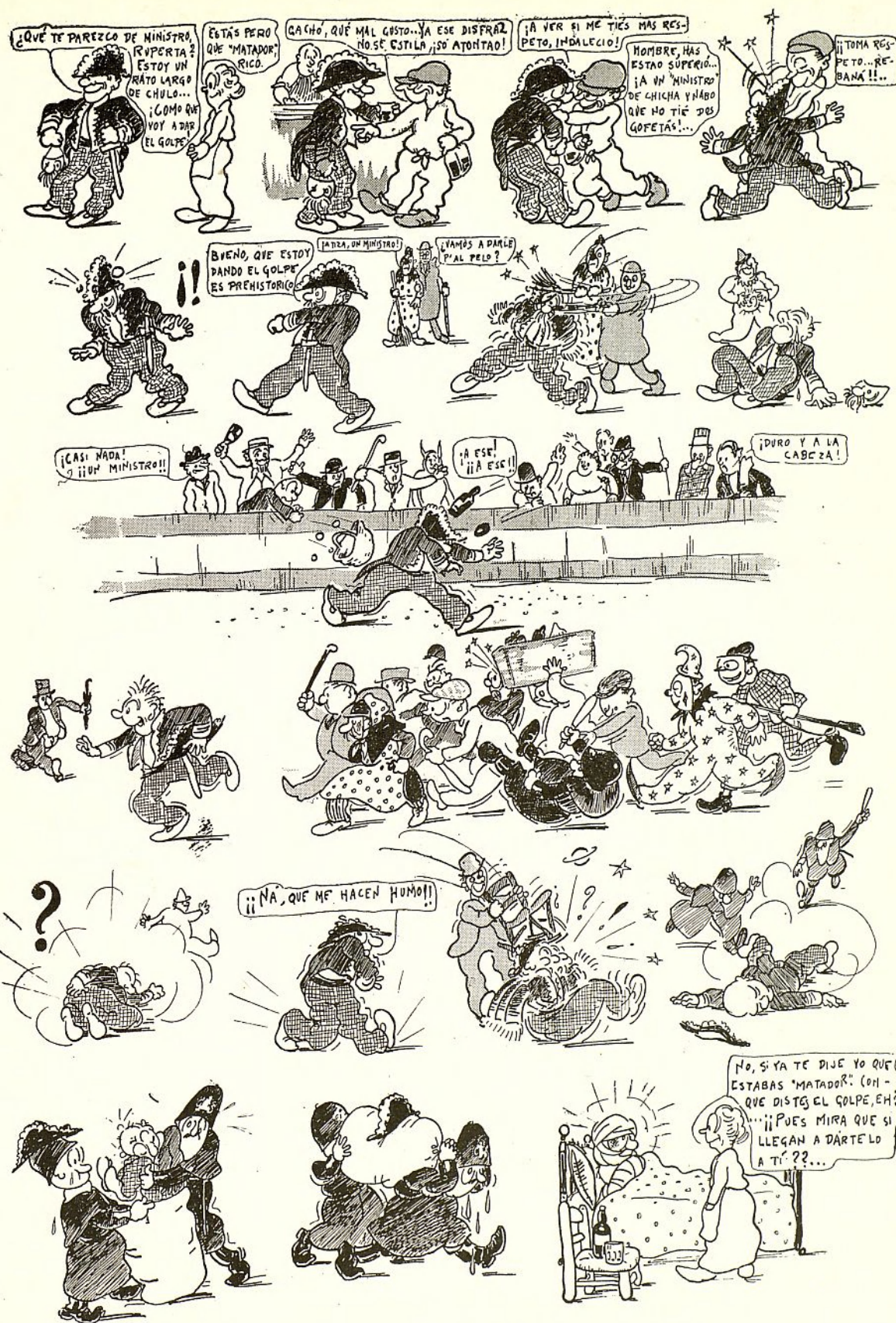
é de  
y Al-  
tima-  
a con  
antas  
as co-

moris-  
amor,  
os to-  
s que  
agre-  
bien

reve-  
tono

algo  
edu-

AL



Dib. PÉREZ MUÑOZ. — Madrid.

EL MINISTRO QUE PAGÓ POR TODOS



# SENTENCIAS, MAXIMAS Y MINIMAS

(BUSCADAS EN TEXTOS ANTIGUOS, MEDIOS Y MODERNOS,  
Y TRADUCIDAS, CON ENTERA LIBERTAD, DEL LATÍN, DEL  
GRIEGO, DEL RUSO, DEL ALEMÁN Y DEL MANCHEGO)

Si tu esposa se va contigo adonde la lleves, da gracias a Dios por haberte deparado tan sumisa compañera. Pero si se va con otro, dale muchas más gracias todavía. — SAN LUCAS.

Contra lo que afirman varios historiadores que han tratado del Diluvio universal, es completamente inexacto que yo metiese en el Arca una pareja de guardias de Orden público. — NOÉ.

El hombre único en el mundo que acabará por parecerse a mí, es el ilustre ciudadano D. Valeriano Weyler. — ADÁN.

¡Quién hubiera podido ser concejal en España antes del 13 de septiembre de 1923! — CACO.

Es una verdadera lástima que no hubiese cines cuando nosotros andábamos haciendo el tonto por el mundo. Porque es que realmente no teníamos donde meternos para estar tranquilos (es un decir) un leve rato. — ROMEO Y JULIETA.

Reírse de los peces de colores es, además de una crueldad, una incongruen-

cia. Comprendo que se ría uno (o varios) de la lombriz solitaria o del mochuelo (no confundirse con el cantador flamenco); ¡pero de los peces de colores, con lo bonitos que son!... ¡Nada, que no me lo explico. — SAN FRANCISCO DE ASÍS.

Yo soy forzado como nadie, esto es innegable y fehaciente; pero yo no habría podido soportar un tomo de Unamuno sin caer al suelo hecho cisco de retama para toda mi vida. — HÉRCULES.

¡Ya, ni en la paz de los sepulcros creol! — TUTANKAMEN.

Si en mis tiempos hubieran subido los caseros los alquileres de sus fincas como los suben ahora, yo no hubiese sido santo, ¡porque es que mato a uno, caballeros! — SAN MATEO.

Loreto Prado ha rezado delante de mí cuatro millones trescientas mil veces para que Chicote se case con ella. ¡Y estoy abochornadísimo, porque no veo la maneral! — SAN ANTONIO.

Digo exactamente lo mismo que el anterior. — SANTA RITA.

No desconfíes nunca de que llegue lo que estás esperando. Pon tu esperanza en Dios, que tu anhelo se realizará; y lo que esperes, por muchos años que transcurran, llegará al fin..., aunque lo que esperes sea el tranvía de la Guindalera. — JOB.

La bondad y la maldad son cosas absolutamente circunstanciales. El jabalí es atrocemente malo en el campo, y, en cambio, es buenísimo en casa de Lhardy y con galantina. — JACINTO BENAVENTE.

Sacar un paraguas cuando no llueve, es una solemne tontería. Pero sacarlo cuando llueve, es una tontería mucho mayor. — NIETZSCHE.

¡Atchís! — MAURA.

Esta última frase es la más elocuente y clara que hemos encontrado en todos los textos de D. Antonio. Su sencilla belleza nos ha cautivado tanto, que, en la seguridad de no hallar nada superior a ella, desistimos de pasar adelante y hacemos punto.

Por la busca, captura y traducción,  
ERNESTO POLO

## ¡¡ A L A P I Ñ A T A !!

CONSEJO EN SERIO, por Juan Pérez Zúñiga.

Concejal que, fresco y vivo, se ha llevado hasta los clavos de aquel puesto lucrativo que le dió tantos *ochavos*: si le limpiaron al fin el sin igual comedero, y está sufriendo de esplin por pícaro y por ligero, triunfe de su mala pata y deseche el mal humor. ¡Que se vaya a la Piñata! ¡Sí, señor!

Mal esposo, injerto en fiera, que a Pilar da en maltratar y en continua pelotera se le ve con su Pilar: si ella, *de venganza en pos*, harta de vivir así, va con un amigo u dos de *jarana* por ahí, tome una medida grata que mitigue su dolor. ¡Que se vaya a la Piñata! ¡Sí, señor!

Torerazo de postín que se cree el mejor de España y se arrima (con buen fin) al café de la Montaña: si jamás entra en combate, porque el miedo le domina y no hay Dios que le contrate ni para Villacochina, chinchese si no lo cata, mas distraiga su pavor. ¡Que se vaya a la Piñata! ¡Sí, señor!

Comerciante de sabrosos géneros ultramarinos (no de los hombres celosos del bien de sus convecinos, sino de los que defienden su negocio, sin mirar que por todo lo que venden se les tiene que multar): si de divertirse trata, pues le enfada tal rigor, ¡que se vaya a la Piñata! ¡Sí, señor!

Usurero que hace pupa por su *módico* interés, pues lo menos que se chupa es el diez por ciento al mes: si hay un pillo redomado que le engaña al *matatías*, y éste en su bolsillo inflado sufre grandes averías, el quebranto de su plata no recuerde con horror. ¡Que se vaya a la Piñata! ¡Sí, señor!

Pollo *bien* (según la gente, del talento de una burra) que no encuentra fácilmente diversión que no le aburra, y se queja a todo Cristo de la falta de placeres en el mundo, y, por lo visto, no hace caso a las mujeres: si en lugar de dar la lata no se compra el BUEN HUMOR, ¡que se vaya a la Piñata! ¡Sí, señor!



## MEMORIAS DE UN CONFETTI

Yo nací lila...

Vamos, del matiz de la lila.

Mi cuna fué una máquina.

Mi *comadrón*, una cuchilla de hechura de cilindro.

Clavándome sus bordes en mis pobres entrañas de pintado algodón, me hizo tomar aquella linda forma de disco chiquitín, con la que tanto presumí por el mundo...

Me llamo *Lentejín Redondo de la O*, y mi profesión es confetti.

Al nacer yo, nacieron otros muchos centenares de miles de seres de mi especie. Todos eran idénticos a mí en el colorido y el tamaño.

Formamos, al principio, una pila muy larga... Como la que forma, con las monedas de metal, la insaciable avaricia de los hombres.

Después nos bifurcamos. Y desde aquel instante adquirí la conciencia de mi personalidad independiente, de mi existencia aislada.

Y ¿por qué no decirlo? Me encontré chiquitín, gracioso, interesante...

A los pocos segundos fui a parar a un cartucho. El cartucho era de papel rosado y transparente, y, como tuve la fortuna de ir a caer junto a su periferia, me pude percatar perfectamente del camino que el cartucho llevaba...

Corrimos una calle... Después, otra... Al fin me colocaron sobre un humilde puesto de un bulevar inmenso.

*Recoletos*, me parece recordar que se llamaba la amplia rúa; y, según oí decir a un compañero mío de vivienda, llamado *Rodajilla*, era la mejor de la corte.

Yo, que estaba *cortado*, como era natural, desde lo del cuchillo, me comencé a animar.

*Rodajilla* era un mozo muy alegre y muy vivo. Todo lo tomaba a chacota, y de él aprendí muchos y muy sanos principios.

El fué, sin ir más lejos, el que me hizo saber la razón de la vida de ambos.

Esta razón me dejó un poco triste.

Habíamos nacido para servir de proyectiles, tan inofensivos como estériles, en una lucha imbécil entre desocupados que ni se conocen, ni se necesitan, ni se estiman.

Renegué de mi suerte. *Rodajilla* me aseguró que era divertidísima.

En esto nos compraron.

Y subimos a un auto.

El auto era muy viejo. Y tenía unos vivos azules, de un azul porcelana, de lo más cursi y ordinario que he visto. Y respondía por *Taxi*. ¡Qué nombre tan exótico.

A mí y a mi amiguito nos tocó ir muy cercanos a un aparato absurdo en el que aparecían y desaparecían, con rapidez vertiginosa, diversos numeritos, más altos cada vez.

*Rodajilla* me dijo que aquellos numeritos representaban oro.

Y aquel oro lo tiraban los hombres por el placer de correr mucho, aunque no tenían ninguna prisa, ni necesidad de ir a ninguna parte.

En esto, ¡zas!, de una puñada nos suspendieron en el aire a *Rodajilla*, a mí y a otros dos o tres mil compañeritos nuestros.

Y después nos soltaron...

¡Qué pena y qué alegrial

Pena, porque mi camarada *Rodajilla* fué a servir de lunar a una cara de vieja repintada, que lo arrastró consigo, y nunca más hemos vuelto a encontrarnos...

Y alegría, porque yo recibí en plena cara la caricia del sol, y porque fui a caer — ¡qué delicia, Dios mío! — entre los labios de una linda muchacha, ves-

tida de holandesa, que iba en una carroza que representaba un molino.

Y ¡qué molino tan bonito! Todo de percalina. Con las aspas de papel de plata. Y montado en un carro de madera muy sucio, conducido por unos hombres que fumaban y blasfemaban que era una *bendición*, y arrastrado por unas pobres bestias que, al pasar por delante de la tribuna del Jurado, se les ocurrió..., no sé como decirlo... Bueno: ya pueden ustedes suponerse la falta de corrección y de respeto que a las pobres bestias se les ocurriría.

Pero, a pesar de todo, yo me sentía dichoso.

Mi preciosa holandesa, al sentirme en su boca, soltó una carcajada, y echándose hacia fuera, con su golosa y encendida lengüita, me dejó caer, sin darse cuenta de ello, sobre la suave curva de su lindo descote.



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Oiga, aunque esté mal preguntado: ¿va usted por carne?...



Pero lo bueno dura poco.

Del pecho de la niña fui a posarme en el plato de la gorra de ídem de un bigotudo guardia, y de allí, en ardua lucha, a la gola de tul de un borracho cansino.

Y sobre aquel *tonel* fui a la Comisaría. Y de ella fui a parar, sobre el tul

del beodo, a una guardilla misera de la calle de los Tres Peces (con el borracho, cuatro), en la que fuimos él y yo, *pro indiviso, al unis o mancomunadamente* (que de las tres maneras se dice), recibidos a palos por su enojada y amorosa costilla.

Total: que al ser de día me tuve que

arrojar por una ventana, yendo a caer sobre el heroico pecho, lleno de condecoraciones y de cruces, de un lindo coronel de cuatro años.

Y en compañía de aquel ángel fui feliz siete días. Y a los siete días justos, el empellón de una destrozona fué a dar conmigo en el arroyo de una calle muy céntrica.

Era domingo de Piñata. El Carnaval agonizaba, y yo, para salvarme, dentro de un ejemplar de BUEN HUMOR conseguí colarme dentro del coliseo de la vieja Zarzuela, en brazos de un pollito.

El baile de despedida a Momo estaba en su apogeo.

El noctámbulo sobre el cual yo marchaba era *un muchacho bien*. Mal casado, borracho, jugador, mujeriego, embustero, tramposo: lo que se dice *bien*.

Al entrar en un palco, me volcaron encima una botella de champagne, y desde entonces, acaso por efecto de la borrachera que cogí, mis recuerdos son bastante confusos.

Añoro, como en sueños, una estupenda cena.

Veo después, entre nieblas, dos hombres que disputan.

Oigo una bofetada que parece una tabla que se parte en astillas.

Después asisto a un duelo. Pero un duelo burlesco. Lugar de acción: los altos del Hipódromo. Armas: dos botellas de *serry*. Condiciones del duelo: proporcionarles nuevas armas a entrambos combatientes, hasta que uno de los dos, de tanto beber, pierda el sentido.

Corre, por fin, la sangre... Quiero decir, el vino de una botella rota... Ha caído un gladiador. El lance ha terminado.

Volvemos a los coches.

Yo, sobre la solapa de uno de los padrinos, me voy a casa de éste. Es el noctámbulo que me ha llevado al baile. Casa rica. Escalera alfombrada. Entramos en una linda alcoba.

Cama matrimonial. Una mujer en ella, muy joven y muy linda, que despierta y sonríe.

— ¡Ernesto! ¡Pobrecito! ¡Qué noche habrás pasado! ¡Egoísta de mí, que dormí a pierna suelta! Y qué, ¿qué ha sucedido? ¿Acabó ya tu pobre amigo?...

— No, pitusilla, no... Todavía no ha acabado... Hace un ratito *tuvimos* que sangrarle... Aun tendré que *sacrificarme* cinco o seis noches más... ¡Qué le vamos a hacer! ¡¡Todo por la amistad!!...

Oído lo cual, yo, misero confetti, de la vergüenza y de la indignación que me invaden, voy a hablar, voy a decirlo todo; pero la impresión recibida es más fuerte que yo, y, sin decir ni *pío*, me siento caer a plomo sobre la rica alfombra, bajo el terrible peso de una congestión fulminante...



Dib. MATEOS. — Madrid.

— Mira, Pedrín: este periódico publica el retrato de mi papá.

— ¡Anda, leñe! ¡Mi padre también vino una vez en Los Sucesos!...

JAVIER DE BURGOS





Dib. ASSENS BARBA. — Madrid.

LUNA DE... HIEL |  
 EL CAMARERO. — ¿Solo?...  
 EL MARIDO — ¡Ojalá!...



# A E S C O T E

Es incalculable la bondadosa influencia de París aun sobre aquellas necesidades más apremiantes y crueles.

La debilidad de comer, verbigracia...

Inútilmente procuro representarme el espanto mortal, el horror de lentitud y silencio que para cualquiera de nosotros tendría un día sin pan en una vieja ciudad de Castilla: desiertos los callejones tortuosos, las casas cerradas, el Casino vacío y dormido tras la penumbra de sus persianas... ¿Dónde buscar la invención risueña que, ofreciéndose de súbito a nuestro paso, ha de salvarnos?... ¡Oh, no! No acechemos nada; allí no existe la sorpresa, y de consiguiente, de nadie esperemos auxilio. Será la nuestra una muerte adusta, terrible como el paisaje; la agonía de la planta que desfallece de sed sobre un muro. En esos pueblos cuyos vecinos tienen, a lo largo de los años, el mismo traje, las mismas conversaciones y la misma sonrisa, los cascabeles de lo Imprevisto no suenan nunca.

En cambio, en Lutecia, para nosotros, los devotos del arte, el hambre no existe. Allí *las ganas de comer* se aristocratizan y constituyen un deseo de tomar *vermouth* en un café del *boulevard* para ver mujeres bonitas; cuando más, son una laxitud física y una suave indiferencia espiritual. Pero apenas esta sensación comienza a molestar, cuando los *doñaires* de un cinematógrafo al aire libre, o la suprema elegancia de una aventurera que al apearse de su automóvil pasó a nuestro lado, nos devuelven la inconsciencia y la risa. ¿Qué tiene la Ciudad-Sol, que todo en ella, hasta sus propios dolores, al rodar sobre el limpio asfalto de sus aceras, se hacen ufanía?

Yo creo que este contento nace del Azar. París es la ciudad de lo heteróclito, de lo arbitrario; París es encantador, porque es ligero y no comprende que pueda haber dos horas iguales. Por la urbe inmensa, de día y de noche, para alivio de desheredados, la madre Casualidad, divinidad excelsa, pasea su sonrisa.

He olvidado tu nombre, mujer; pero te llamas Alicia, Berta, Margarita o Elisa..., ¿qué importa?... Recuerdo que eras alta y joven, y que cuando nos conocimos llevabas un abrigo de paño rojo

que casi te cubría la fimbria del vestido, y sobre el oro de tus cabellos una gorrita blanca. Esta imagen basta a mi corazón y florece en mi ingrata memoria con un perfume de jazmines, tu aroma predilecto. ¿Ves cómo evoco y preciso detalles? De todo me acuerdo: de la belleza, pulida por la ociosidad de tus manos; de la tristeza de tus ojos azules; de tu voz...; pero no de tu nombre. ¿Cómo

mis labios perdieron la costumbre de llamarte?

¿Eras Ivonne?... ¿Susana, quizás?... Tú, probablemente, tampoco habrás olvidado aquella mañana — vernal debía de ser — en que una pirueta de la Suerte decretó que almorzásemos juntos.

¡Almuerzo excelente, porque entre plato y plato todas fueron risas!...

Yo vivía entonces solo, en un sotabanco. Mis modestos asuntos marchaban desmayadamente; en las casas de Bouret y de Garnier escaseaban las traducciones, y, como todavía era bisoño en esta amadisima y anárquica república de las letras, los periódicos españoles se acordaban poco de mí. Confesado esto, a nadie extrañará que todas las mañanas la primera atribuladora interrogación que mi necesidad sometía a mi conciencia fuese la siguiente:

«¿Qué empeñaré hoy?»...

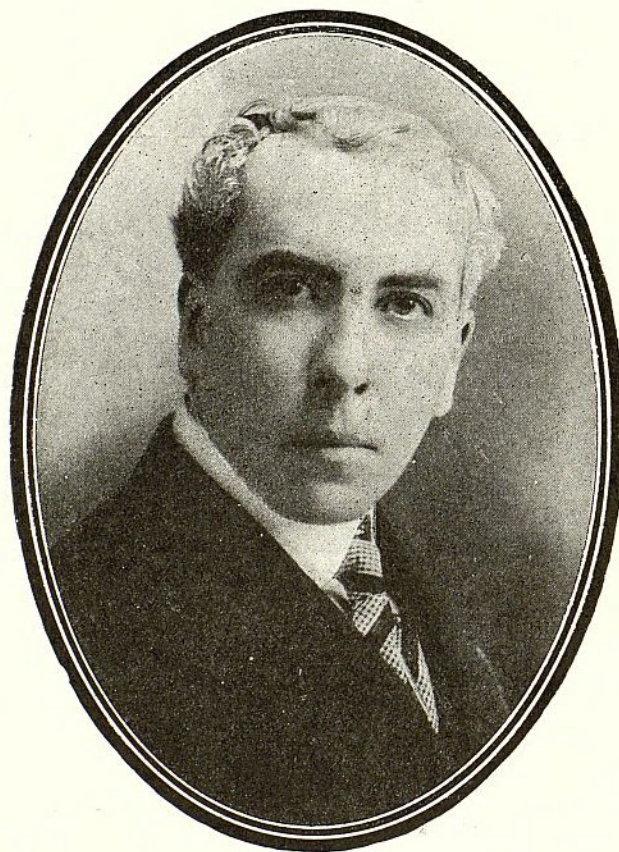
Camino del Monte de Piedad mis prendas mejores — excepción hecha de las personales, que nadie quería — se habían marchado: un gabán, un alfiler de corbata, dos sortijas..., ¡hasta un traje de *smoking*, flamante!... Ni la curiosidad de terminar el libro que empecé a leer, ni la inquietud dolorosa de la página que la víspera dejé a medio escribir, bastaban a sujetar mi atención, y el problema ineluctable, angustioso, del día que empezaba, servía de potro a mi pensamiento:

«¿Qué empeñaré hoy?»...

El objeto destinado aquella mañana al sacrificio — yo lo había resuelto de antemano, y por eso dormí tranquilo — era

el reloj. Vosotros, los pobres, los hijastros de la Suerte, que por individual experiencia conocéis estos menudos dolores, ¿no es cierto que la pignoración de un reloj cuesta mucho trabajo?... Es decir... Si vamos por la calle con amigos, y se trata de allegar recursos para proseguir una fiesta, entonces ocurre al revés: lo primero que empeñamos es el reloj, como si enajenándolo quisiéramos olvidar que las horas dichosas en que estamos finarán pronto.

Cuando estamos en nuestra casa sucede lo contrario. El reloj se niega a salir, protesta, alega razones, y su resistencia nos somete a perplejidades atroces. El reloj es la voz del hogar, el corazón del hogar. El sigiloso avance de



Nuestro ilustre colaborador Eduardo Zamacois, uno de los ases de la novela española, acaba de ofrecer al público, como todos ustedes saben sobradamente, un nuevo libro titulado *Años de miseria* y de risa, que, apenas puesto a la venta, está casi agotado. La obra, como todas las suyas, brinda al lector múltiples ocasiones de regocijo, de eternecimiento, de interés, de admiración y de una porción de cosas más, todas a cuál más agradable. Uno de sus capítulos, de franco humorismo, y compuesto con su inimitable estilo, es este que ofrecemos hoy a nuestros lectores, en la seguridad de que lo estimarán como el mejor de los regalos.



sus manecillas nos acompaña, e indudablemente nos guía. Cuando la miseria se lleve el reloj, nuestra casa se habrá quedado muerta.

Pues... a pesar de estos persuasivos matices sentimentales, y de cuanto mi pobre reloj se resistió a divorciarse su suerte de la mía, lo llevé a empeñar.

Serían las once de la mañana, o poco más, y el júbilo de las calles soleadas y el buen humor estomacal que me inspiraba la proximidad de un copioso almuerzo, poníanme alas de golondrina en los pies.

Por la calle Provence enderecé mis pasos hacia la Chaussée d'Antin, donde el Monte de Piedad tenía una Sucursal. La Chaussée d'Antin es una de las vías más limpias, lindas y transitadas de París; el suelo, de asfalto; los comercios, de primer orden, y a lo lejos, sirviendo de término y placer a los ojos, el rincón verde de la plaza de la Trinidad.

Ya iba a entrar en la Sucursal, cuando vi una joven alta, rubia, metida en un largo gabán rojo, que avanzaba hacia mí. Sobre el fondo negro y ruidoso de la acera, por donde en aquel momento discurrían contadas personas; su figura grácil, a la vez lánguida y alegre, su elegancia cansada, se recortaban graciosamente. Un brusco y noble sentimiento de orgullo me detuvo al encontrar la puerta de la casa de préstamos.

— No quiero — pensé — que una mujer así sepa que voy a empeñar...

Y seguí adelante. Nos cruzamos, y pasamos tan cerca el uno del otro, que sentí en mi brazo el contacto del suyo. Era bonita: tenía la nariz respingueña, las pupilas azules, misericordiosa y triste la línea de los labios, y cubriendo los cabellos rútilos, casi bermejos, semejante a un copo de nieve caída sobre una hoguera, una boina blanca. Casi inmediatamente miré hacia atrás, y vi, con sorpresa y agrado, que la bella desconocida también volvía la cabeza; pero, sorprendida por mi movimiento, apenas me miró. Seguí caminando, deteniéndome ante los escaparates de los comercios. Luego pensé:

«Ya puedo retroceder; ya se habrá ido...»

Dí media vuelta, y torné a verla. Se acercaba. Lo que yo había hecho acababa de repetirlo ella exactamente; y ahora, que la examinaba mejor, me pareció más interesante. Nos cruzamos, y al mirarnos, ya más confiadamente, yo me reí con los labios y ella con los ojos.

Este curioso vaivén se repitió otra vez, y otras, muchas...

— Estará esperando a alguien — discurría yo.

Según la escena se prolongaba, mayor decisión y empeño ponía mi vanidad en no descubrir a la gentil muchacha mi miseria. La Sucursal se cerraba a la una; eran las doce. Miré a la des-

conocida con rencor; aquella mujer significaba un obstáculo para mí, una especie de prohibición, un espionaje.

— Bien podía haber citado a su amante en otro lado — pensé.

Y luego:

«Tendría gracia que viniese a pignorar, y estuviera aguardando a que yo me fuese.»

Rato hacía que ambos medíamos el trozo de acera comprendido entre el cruce de la calle Lafayette con el boulevard Haussmann y la calle Provence. Ella paseaba lentamente, con el aire taciturno de quien sabe que ha de esperar mucho tiempo; yo había adoptado igual actitud. Ya no nos sonreíamos, y como nos estorbábamos, llegamos a mirarnos hostilmente. La probable simpatía de los primeros momentos evolucionaba hacia el odio. Ninguno de los dos cedería. Paciencia contra paciencia, y a una coquetería, otra. Yo reflexionaba:

«¡Dichosa mujercita!»

Y ella, según supe después:

«¡Qué hombre tan inoportuno!»

Luego, en aquel aborrecimiento mutuo, asomó una ironía.

«Me parece — mascullaba yo — que si de ese individuo a quien esperas depende tu almuerzo, te quedas en ayunas.»

Y la desconocida, ya semiconocida:

«Es usted antipático; le detesto a usted; la mujer a quien seguramente aguarda hará muy bien en no venir.»

En uno de estos vaivenes coincidimos los dos delante, precisamente, de la Su-

cursal del Monte de Piedad. Esta casualidad, y la impaciencia que abrillantaba los ojos azules de la joven, me exasperaron; no pude contenerme.

— Señorita...

— Caballero...

— ¿A quién espera usted?

— ¿Y usted? — repuso vivamente.

— Yo, a que usted se marche.

— ¿Sí?... ¡Qué casualidad! Yo necesitaba también que usted se fuese.

Creí que se burlaba. Sin embargo, por su rostro resbaló una tristeza, una melancolía femenina tan elocuente de soledad, de penuria, de hambre, tal vez, que me humanicé. Vi claro, y fui leal.

— Yo iba a empeñar mi reloj, señorita — murmuré.

— ¿Es posible? Y a mí que me daba vergüenza.

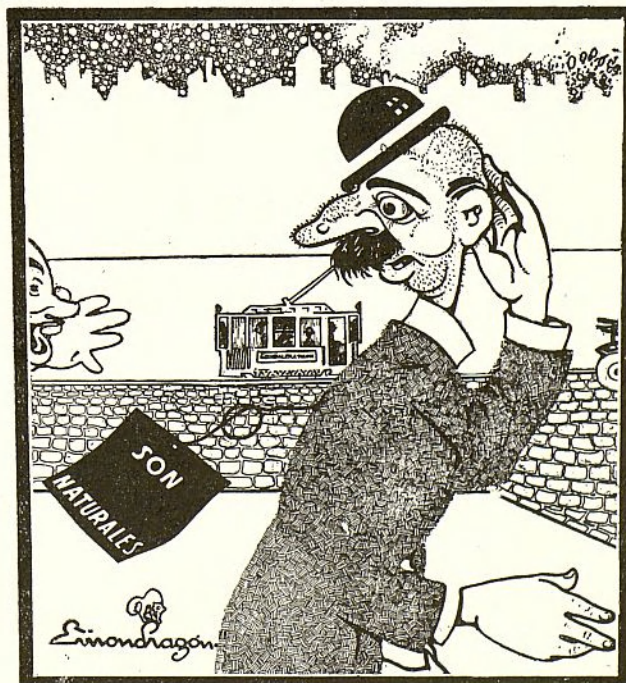
— ¿Pensaba usted pignorar algo?

— Esta sortija.

Rompimos a reír los dos, y cogidos del brazo, como si nos conociéramos de toda la vida, entramos en el zaguán. Eramos hermanos: hermanos en la dura religión del No Tener, de la Casualidad y del Dolor.

Alma gemela, mujercita de la capa roja y de la boina blanca, tú, como yo, no habrás olvidado aquel almuerzo, el mejor de nuestra vida, tal vez, que a los postres, entre carcajadas de veinte años, pagamos a escote...

EDUARDO ZAMACOIS



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— ¡Poquito pitorreo, niño, que se me están hinchando las narices!...



# CARTAS DE GUAYABA

("BUEN HUMOR" EN EL BRASIL)

V

Querido Sileno: ¡Vaya calor! Cuando en Río de Janeiro aprieta el calor, la cosa se pone seria. Se suda hasta por el pitillo. El paraguas pesa ochenta kilos; el sombrero no es de paja, es de plomo.

Al salir a la calle, veis el cielo muy nublado, las calles húmedas, y esto os da una idea *européa* de frescura. Echáis a andar regocijados, pero ¡habíais olvidado que estáis cerca del Ecuador! A los veinte pasos, notáis que vais sudando de un modo alarmante; una atmósfera como la de los baños de vapor de los establecimientos termales os envuelve, os rodea por todas partes. Es inútil irse a orillas del mar, embarcarse y pasear por la bahía: el mismo calor, húmedo y pegajoso, en agua y en tierra.

Una ligera lluvia empieza a caer de las pesadas nubes, y resulta que llueve agua templada.

Entonces comprendéis el secreto de esta fastuosa y formidable vegetación.

Aquí derriban una casa y dejan un solar limpio y mondado; ponen una valla. A los ocho días, el suelo está enteramente cubierto de hierbas altas. Al mes, aquello es un verdadero jardín, como esos jardines antiguos y descuidados; y si volvéis a verlo dentro de otro mes, o poco más, es una verdadera selva, con árboles, arbustos, flores y una enmarañada maleza que ya sale fuera de la valla, invadiendo la acera de la calle.

Como dejéis los zapatos una noche a la intemperie, al día siguiente hay una palmera en cada uno, y hay que procurar limpiarse bien la dentadura, pues al menor descuido os empiezan a salir hierbajos entre los dientes, como entre las losas de una antigua calle.

Es mucho clima éste, caballeros. La ropa se pega al cuerpo, y casi no podéis andar. Con grandes *saudades* de la horchata lejana y la limonada remota,

intentáis refrescaros algo. En un bar pedís un refresco.

— ¡Yelado?...

— Sí. Muito yelado.

con la barriga llena de estalactitas. Menos mal que — según dicen por acá — Dios es brasileiro, y resuelve estos calores con unas abundantes y fuertes lluvias, que refrescan el ambiente por tres o cuatro días.

Y ahora es primavera. En enero y febrero, en pleno verano, debe ser la cosa muchísimo peor, y hay ciudadano que se pasea por las avenidas, frente al mar, en traje de baño.

Por eso siento tanta envidia de las mujeres. Van punto menos que desnudas. Un ligerísimo trajecito transparente, la camisa, y pare usted de contar; y algunas deben ir hasta sin camisa. Hacen bien.

«Lo que se han de comer los gu-  
[sanos,  
que lo vean los cristianos»,

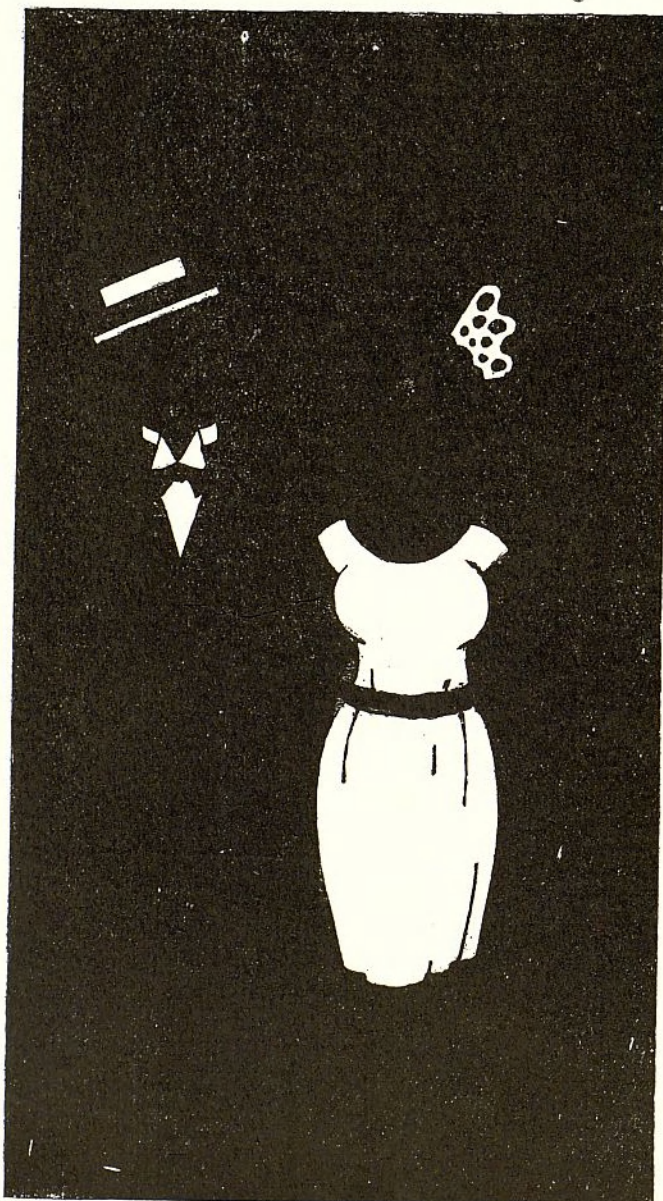
como dijo el poeta.

Y, verdaderamente, se ven monísimas. Se ve cada americanita, que se le cae a uno el chaleco. ¡Qué bien cortadas! Claro está que hay otras que parecen del Aguila; pero, dicho sea en honor a la verdad, son las menos.

Estos calores no los resisten bien más que los negros. Son muy auténticos estos negros, cuando no se han despintado ya a fuerza de sudar. En el Brasil los hay a millones. Lo menos el cuarenta por ciento de la población es bastante oscurita, y esta profusión de tinta no les hace mucha gracia a los buenos brasileiros patriotas.

Aunque aquí no existen esos antagonismos, esas luchas, esos odios de pintor entre blancos y negros, el brasileiro, más diplomático, más sutil, disimula su inquina, y muy acertadamente confía al tiempo la labor de aclaramiento que la violencia y la precipitación no pueden conseguir en otros países. Se muerde los labios, sonríe y calla; y es que,

verdaderamente, son muchos negros. ¡Pardiez! Darian cualquier cosa por poder blanquearlos con algún procedimiento químico, más o menos alemán. También hay muchos mulatos, y eso indica que se hacen esfuerzos por blan-



Y, efectivamente. Os traen una bebida que parece haber estado al baño de maría. Aquí llaman helada a una bebida que no esté realmente caliente. Si un brasileiro se tomara un helado como los de Europa, se moriría de repente



quear la raza. Aquí dicen con mucha frecuencia que los portugueses son los que más contribuyen al blanqueo. Al fin y al cabo, no hacen más que mostrar su proverbial caballería y reparar una falta. ¿No fueron ellos los que importaron los negros en la época colonial? Pero no hay que olvidar que ciertas cosas dan mucho carácter. Es altamente pintoresco ver a las negras, completamente vestidas de blanco, dando a las calles cierto carácter de talleres, de negativos fotográficos que se han vuelto locos. Al ver una negra así ataviada, cuesta trabajo reprimir la tentación de meterla en un baño de hiposulfito.

La labor del blanqueo ha de ser lenta. Aun se casan muchísimos negros entre sí, y habrá que ver cuando el enamorado galán, con encendida mirada, aproxime su cara a la de su achocolatada amante y le diga lleno de pasión: «¡Negra!...» Nunca se habrá dicho nada más exacto.

A esta cuestión de los negros, yo no le encuentro más que un inconveniente, y es los sustos. Los sustos, sí. El susto que me dieron una noche no lo olvidaré jamás.

Marchaba yo con un amigo por una calle fuera del centro de la ciudad.

Era una noche sin luna, y caminábamos tranquilamente en busca de algo de fresco. De repente, veo venir hacia mí unas cosas extrañas, muy extrañas, algo así como cuellos de pajarita volando por el aire. Realmente, debería ser cosa muy natural que un cuello volara, si éste era de pajarita; pero no sé aún que el simple organismo de una

pajarita almidonada haya aventurado más vuelo que el de la mano al canasto de la ropa sucia.

Un cuello, por muy pajarita que sea, volando a lo largo de una calle y por propio impulso, era algo inusitado y pavoroso.

Me quedé aterrado. Había un cementerio cercano, y, sin duda, eran almas errantes de fallecidos camiseros que querían algo de mí. ¿Qué podían querer? Yo no recordaba haber dejado a deber jamás a ningún camiserero. Yo siempre había pagado mis camisas, mis calzoncillos, pues aunque mi *trousseau* interior no alcanzaba al del célebre hidalgo que tenía número impar de camisas, y éste no llegaba a tres, era, sin embargo, lo suficientemente modesto para haberlo pagado siempre religiosamente.

Los cuellos misteriosos avanzaban más y más. Nunca experimenté tanto terror ante un cuello de pajarita, ni aun cuando me he tenido que poner uno un poco estrecho. Próximo al síncope, me agarré a mi amigo como a una lapa.

— ¿Qué le pasa a usted, hombre?

No pude hablar. Con un dedo señalé aquellos espantables cuellos, que ya estaban casi encima.

Mi amigo miró en la dirección que indicaba mi dedo, y dijo tranquilamente:

— ¡Ah, sí! Son dos negros.

Y, en efecto. A nuestro lado pasaron dos pacíficos negros ostentando en sus pescuezos blanquísimos cuellos de pajarita.

A cambio de esto, yo le encuentro positivas ventajas.

El ejército brasileño tiene en sus filas gran número de negros.

Hay quienes dudan de la eficacia del negro como soldado. Están en un error. El negro tiene un valor estratégico enorme.

Supongamos al Brasil en guerra con otro país cualquiera fronterizo — es mucho suponer, pues los países iberoamericanos son eminentemente pacifistas. Es cierto que compran tanques, barcos, ametralladoras y cañones; pero es para los museos y para hacer películas —. Una vez supuesto ese imposible de una guerra suramericana, supongamos también al ejército enemigo del Brasil formidablemente atrincherado en sólidas posiciones, y dispuesto a resistir todo ataque, por fiero que sea.

El ejército brasileiro está frente al enemigo. Todo es cuestión de esperar a que llegue la noche.

Una vez que todo esté en sombras, no hay más que hacer avanzar batallones de negros, completamente desnudos, que entrarán por sorpresa en las trincheras enemigas.

Los centinelas no habrán visto nada, nadie verá nada, y el temible ejército enemigo huirá aterrorizado por el nocturno ataque de un tropel de invisibles fantasmas.

No creo que el Ministerio de la Guerra haya caído en eso. De lo contrario, fomentaría la producción, y castigaría severamente al portugués blanqueador.

Hasta la próxima. Un abrazo,

LÓPEZ RUBIO

Rio de Janeiro, 1923.

## DEL BUEN HUMOR AJENO

SOIRÉE MUNDANA, por G. de Pawloski

Bastó únicamente la publicación de mi gran artículo *Le Gollet Courrier de Zoologistes*, para que se me abrieran las puertas del gran mundo.

Esta crónica, sin pretensiones, que estudiaba la vida privada de los peces dorados, atrajo sobre mí la benevolente atención del dueño de uno de los salones más inaccesibles, el ilustre Gogofamtain, que se dignó invitarme a una fiesta en su casa.

Creo que será inútil insistir sobre el alto honor que se me hacía. Todo el mundo, en París, conoce a los Gogofamtain.

Se trata de una familia de abolengo. En efecto: pertenecieron a la segunda rama de una antigua familia bretona, cuya nobleza remonta, si la memoria no me es infiel, a la reina Ana. Ella fue la que, con ocasión de un acontecimiento histórico, dió al escudo de armas tres horcas, indicando, como me explicó por



Dib. CORREA Y PITA.

— ¿Cómo no viniste ayer al Real?  
— Tenía mucho que hacer. ¿Qué tal es Thais?  
— Bien, ¿y tú?

sí mismo el señor Gogofamtain, el derecho de alta y baja justicia.

En cuanto a la casa de banca del célebre financiero, todo el mundo está conforme en París en que el señor Gogofamtain la dirige dignamente.

Sobre todo, comprendo aún mejor el valor de esta invitación, desde que el señor Gogofamtain me indicó, con medias palabras y con una plácida sonrisa, que sus recepciones le costaban, por término medio, diez mil francos, una con otra, lo que, colocado con interés compuesto, representaría una bonita suma al cabo del año. Si esta imposición se hubiese hecho a la muerte de Jesucristo, si los calendarios no nos engañan, representaría hoy una cantidad capaz para cubrir por entero el territorio de Francia con billetes de quinientos francos.

El señor Gogofamtain añade este dato curioso, que muchos de sus invitados ignoran cuando beben en su casa una copa de champaña, y es que esta simple copa viene a costar unos quince francos, por razón de los derechos que gravan en la actualidad la importación de los vinos.



Guardaré eternamente un grato recuerdo de esta *soirée*. La casa daba enteramente la impresión más franca de la elegancia moderna: sobria, discreta y de buen gusto.

Sin duda, el vestíbulo y la escalera, de un dorado brillante, pesaban un poco; pero otro color hubiese desentonado junto al *parquet* dorado y las libreas doradas de la servidumbre. Tal vez estuviera un poco fuera de tono la capa de oro que cubría por entero el rostro del *maitre d'hôtel*, en el cual, por grande que sea la imposibilidad de un criado, ciertos pliegues de la piel son inevitables. Al final de la *soirée*, algunos pedazos de esta capa dorada habían caído al suelo tras un súbito desprendimiento.

Era admirable contemplar el desprecio que indicaba por el dinero el dueño de la casa y la poca atención que dedicaba a sus riquezas. Se veía con qué negligencia quitaba las etiquetas de los objetos recientemente adquiridos. Así, descubrí, discurrendo por los salones, que un piano había sido pagado en diez mil francos, según factura; una estatua de Sajonia, en dos mil, y un retrato de familia de tiempo de Luis XIII, en cinco mil.

La dueña de la casa se había vestido, sin duda, precipitadamente, y no había advertido que llevaba aún cosida a su magnífico vestido una factura de cuatro mil francos.

Pasé al *foumóir*, donde encontré unos excelentes cigarros sobre los cuales se

hallaban sólidamente adheridas a las doradas sortijas estas palabras: «Para millonarios. Veinte francos.»

Fumé de uno de ellos cerca de dos setenta y cinco francos, y penetré en el salón de fiestas.

La representación teatral terminaba. Los primeros números, ya pasados, no habían tenido ningún éxito. El programa era siempre redactado por orden de fortunas, y los últimos números eran los verdaderamente interesantes.

Una joven bastante fea, pero de excelente dote, recitaba *El sueño de Atalia*.

Los invitados escuchaban con atención sostenida. Me separé de este conmovedor espectáculo, y fui a dar una vuelta por los salones.

Después de algunos bailes sin importancia, vino el cotillón, que me interesó bastante.

Cada joyen llevaba bordada sobre su vestido la cifra de su dote.

Los parientes que las acompañaban exhibían discretamente un pequeño número bordado en negro, que indicaba las esperanzas. Los jóvenes casaderos tenían otro tanto sobre su traje.

Esta ingeniosa innovación permitía a las parejas que se formasen según sus conveniencias, sin pérdida inútil de tiempo.

Para no hacer un papel desairado, saqué de mi bolsillo un billete del ómnibus y me lo coloqué en el frac.

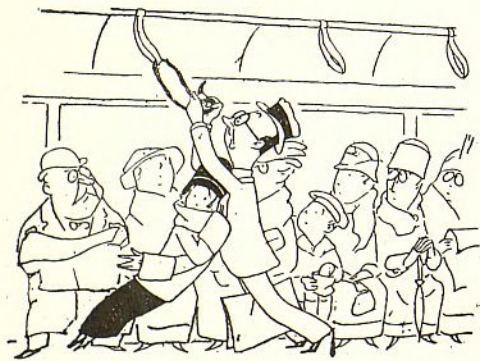
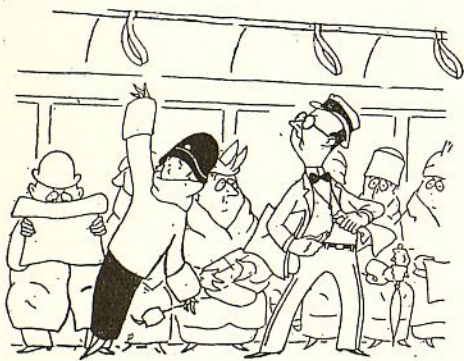
Mi número marcaba el 995, y tuve la honradez de no añadir ninguna cifra que elevase un poco la cantidad.

Este acto irreflexivo fué erróneamente interpretado por una encantadora señorita que, viniendo hacia mí, me dijo que sería muy dichosa concediendo un baile a un caballero que poseía novecientos noventa y cinco acciones de la Compañía de Omnibus.

Mientras se organizaban las figuras del cotillón, conversamos deliciosamente. Ella me confió sus sueños de jovencita sobre las cotizaciones de bolsa y sus preferencias por el amortizable 45,25, emocionándose grandemente cuando hice alusión a los ferrocarriles 100 serie B.

Me separé de ella radiante de felicidad.

— Espero que volverá usted a nuestras reuniones — me dijo el dueño de la casa —. Bien sé que cada invitado me cuesta, por término medio, unos cuarenta y cinco francos; pero bien vale todo esto el recibir al gran mundo en mis salones, y también a la aristocracia de las Letras.



EL VIAJERO GALANTE

(De Life, de Nueva York.)

A. R. H.



# CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

**BUEN HUMOR**  
APARTADO 12.142  
MADRID

J. B. Carabanchel (Madrid).— Puede usted enviar otras cosas, a ver si nos resultan más apropiadas.

M. L. M. y M.— Ni la «Anécdota teatral», ni «La señorita no está loca», nos parecen aceptables. «Una reunión de sociedad», no sólo es peor, sino que raya en lo lamentable. Antes que seguir por ese nefasto camino, arrójese al paso del rápido de Irún.

De tomar vermouth y anchoas se privará el que se prive; mas nadie se priva del Licor del Polo de Orive.

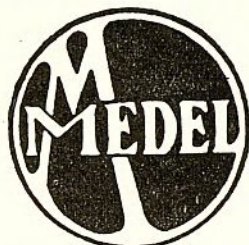
Júpiter Tonante.— Nada, que no acierta usted ni a la de tres. Y nosotros, que lo estamos deseando...

A. de F. y T. Madrid.— Estamos un poco hasta la caspa de las «cosas» de exámenes, que es todo lo que se le ocurre hacer al que cursa el bachillerato. Lo de usted es ingenuo; demasiado «colegial», ¿me entiende? Y no digamos ese «horgulloso» que coloca usted con una desaprensión escandalosa, jovencito. No queremos con esta repulsa quitarle las rosadas ilusiones literarias que haya concebido; pero sí decirle que esto es cosa de un regular estudio y algunos años de ejercicio. De buenas a primeras, imposible. Ni usted, ni nadie.

Pepe, Palencia.— Muy poca cosa.

J. A. C.— Las «Desgracias humorísticas» y las «Perreras humorísticas», son dos verdaderas desgracias y dos verdaderas perreras.

El C. de la D.— Lo de siempre, joven. Ni más ni menos.



GRAN VÍA, 18  
JUGUETES  
COCHES DE NIÑO

A. D. Madrid.— Muy correcto y muy «erudito» lo de la cerveza; pero, ¿cómo le diríamos a usted?... Resulta un poco pesado. ¿Para qué vamos a engañarnos? A otra cosa.



¡ANTE LA TUMBA DE SU POBRECITO HERMANO!

(De Lustige Blätter, de Berlín.)



CREMA  
**Polar**

Para la limpieza de los dientes — Cura el dolor de muelas — Evita el sarro. Perfuma el aliento.

CORTÉS, HERMANOS. — BARCELONA

El zapato izquierdo. Sevilla.— ¡No hay derecho!

M. F. C. Madrid.— No sirve. A usted se le saca de los chistes, y no da una.

L. D.— ¿Qué quiere usted? ¡El exceso de original, que es abrumador!

C. I. Valdelasierra.— No vale ni para sujetar la pata de una cómoda.

A. M. Milmaricos (Guadalajara).— Lo sentimos hondamente; pero no puede ser. Mire usted que lo hemos leído con la mayor benevolencia; pero ¡no puede ser!

E. Z. Bilbao.— Aunque tiene algunas cosas aceptables, en general es un poco hueco.

E. A. M. Madrid.— La censura no nos dejaría publicar sus coplas.

Zeta.— Si no sabe usted dibujar, dedíquese a guardaguías, en vez de hacer tonterías.

Cogolludo, Ferrol.— Impublicables sus dibujos, desde todos conceptos.

R. F. S. de J. Madrid.— De lo más necio que nos hemos echado a la cara.

M. L. D. Madrid.— Es usted mucho más bestia de lo que al principio se cree.

P. E. I. Bilbao.— Es muy malo su dibujo, y, naturalmente, no lo publicamos. Perderá usted la apuesta. No apueste con sus amigos hasta que no haya aprendido a dibujar, ¿eh?

## LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

### CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

## AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

A. O.— Muy malo lo del señor de la higuera.

D. P. del A.— Creemos encontrar un excelente avance en su estilo. Esto de «La ingratitud de los amigos» es bastante humorístico; pero sobra la primera mitad. «La gran artista» es bastante peor.

E. del O. Oviedo.— Demasiado «local», sobre todo al principio.

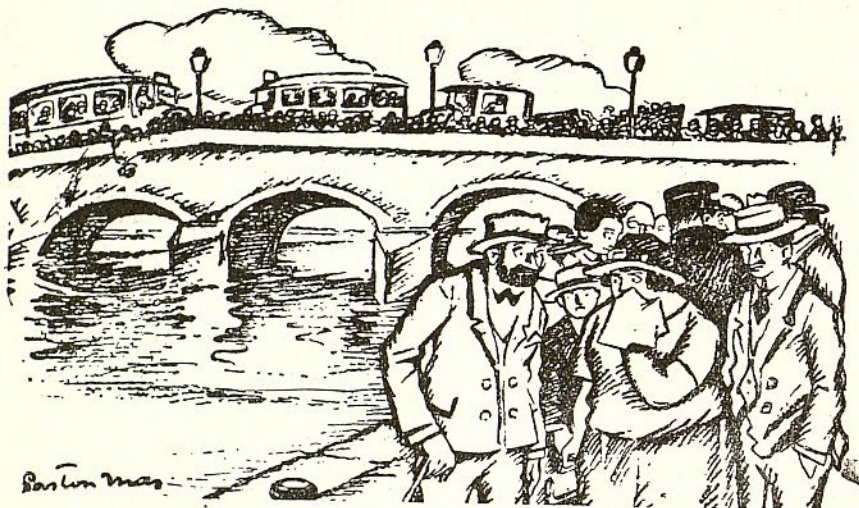


# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.



## UNA MUJER PRÁCTICA

— ¡Ah, señoral Vuestro marido ha estado a punto de ahogarse. ¡Comprendo vuestra emoción!

— ¡Ya, ya; y cuando llevaba puesto el traje nuevo!...

(De Excelsior-Dimanche, de París.)

En una escuela.  
El maestro explica al más torpe de sus discípulos la posición de los cuatro puntos cardinales.

— Vamos a ver: a tu derecha está el Norte; a tu izquierda, el Sur. ¿Qué es lo que tienes delante?

— Las narices.

Ginés López. — Murcia.

— Doctor, el remedio del nene se concluyó.

— ¡Imposible! Sólo hace tres días que se lo di.

— Pero mi marido, yo y mi suegra tomamos una cucharada cada uno, para que él tome la suya.

Entre niños.

— Cuando mi papá trabaja, todo el mundo se queda con la boca abierta.

— Embustero. Si eso fuese verdad, sería célebre, y yo le conocería. ¿De qué trabaja?

— De dentista.

Wallace Navarro.

Entre mendigos.

— ¿Cómo es que ya no pides limosna por las noches?

— Porque cierran muy temprano las tabernas.

Ginés López. — Murcia.

Don Pedro se presenta en una farmacia con una receta.

El boticario se pone a despacharla, y, con sumo cuidado, pesa en la balanza dos centigramos de estricnina, cuatro de cafeína...

Don Pedro, al ver que pone los medicamentos en las mínimas dosis marcadas, exclama:

— ¡No sea tan miserable, que es para un huérfano!

El Pelusilla.

— ¿Cuál es el ave que no tiene plumas?

— El pájaro frito.

J. L. de V. — Madrid.

— ¿Con que tu hermano y tú sois «botones»?

— No, señor; somos «gemelos».

Masto. — Madrid.

— ¿Por qué hay tantas ratas en Melilla?

— Pues porque está preso «el Gato».

Pedro Vizcaíno. — Melilla.

En la cárcel.

— ¿No es verdad que está usted aquí por haber cometido muchos delitos? — le preguntaban a un preso.

— ¡Quia, no, señor! ¡Estoy aquí porque me cogieron!

Luis García y García.

— ¿En qué se parece BUEN HUMOR al gabinete de un dentista?

— En que en BUEN HUMOR hay «colmos», y en el gabinete del dentista hay «colmillos».

Peña de San Alejo.  
Café Suizo (Valladolid).



Decía un naturalista:

— Después de todo, ¿sabe usted lo que le falta al orangután para ser hombre?

— La palabra.

— ¡Claro que la palabra! Si el animalito pudiera decir «soy un orangután», sería un hombre.

J. M. Conde.

De su catarro endiablado aquí el rumor se percibe.

¿Qué piensa ese desdichado, que no usa Jarabe Orive?

Entre artistas:

— ¡Chico, mi enhorabuena por el éxito que has alcanzado con tu cuadro «El hambre»!... Oye, ¿y cómo la has simbolizado?

— Con un autorretrato.

Osnola. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Anónimo, de Madrid.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



## Crema Bella Aurora

Es la mejor  
Por eso es la preferida

De venta en todas las buenas perfumería



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 — )	10,40 —
Año (52 — )	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 — )	12,40 —
Año (52 — )	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:  
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID  
APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen. 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., manteniendo la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

**Angelical Cutis** LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelítero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS**  
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

**Polvos Belleza** Calidad superfin y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sarra, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



# BUEN HUMOR



Dib. B.O.N.—Madrid.

—Estoy segura, papá: es el novio de Lili.

—Sí. Siempre ha tenido muy mala cabeza.

Ayuntamiento de Madrid